



Alberto Chimal
(RECOPILADOR)

**CIUDAD DE
HISTORIAS**

Ciudad de historias
Antología

ALBERTO CHIMAL
(RECOPIADOR)

Cuentos de
Jorge Luis Almaral, Édgar Omar Avilés,
Raquel Castro, Andrea Chapela,
Karen Chacek, Atenea Cruz,
Gabriela Damián Miravete,
Bernardo Fernández Bef, Ana García Bergua,
Arturo Vallejo y José Luis Zárate.

SECRETARÍA DE CULTURA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Claudia Sheinbaum Prado

JEFA DE GOBIERNO

José Alfonso Suárez del Real y Aguilera

SECRETARIO DE CULTURA

Argel Gómez Concheiro

DIRECTOR DE GRANDES FESTIVALES COMUNITARIOS

Ciudad de historias

D.R. © Recopilador: Alberto Chimal

D.R. © Textos: Jorge Luis Almaral, Édgar Omar Avilés, Raquel Castro, Andrea Chapela, Karen Chacek, Atenea Cruz, Gabriela
Damián Miravete, Bernardo Fernández Bef, Ana García Bergua, Arturo Vallejo y José Luis Zárate.

Primera edición, 2019.

ISBN en trámite

Edición:

Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales S.C.

Av. Melchor Ocampo 379,

Col. Romero de Terreros, Coyoacán,

México, Ciudad de México, CP. 04310

Correo: proyecto.literal@gmail.com

Tel. (0052 55) 7825 7743

Coordinación Editorial: Jocelyn Pantoja

Cuidado de edición: Geraldine Ochoa

Diseño de interiores y portada: Omar Cervantes

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso expreso del titular del copyright. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato y corrección son propiedad del editor.

Hecho en México.

Prólogo

“En cada ciudad hay millones de historias”.

Esa frase (igual que las incontables variaciones de la misma que existen por ahí) está tan gastada que, además de imprimirla entre comillas, habría que ponerle una cerca de alambre alrededor con unos cartelitos de ¡CUIDADO! ¡MATERIAL RADIATIVO!

Ya sabemos que en cada ciudad del mundo (y la de México no es la excepción), cada uno de sus habitantes protagoniza su propia historia. O, mejor, todavía, muchas historias, entremezcladas, simultáneas, tan abundantes y confusas que rara vez alcanzamos a distinguirlas por entero en medio del caos que llamamos vida diaria. No hay nada malo en ofrecer estampas urbanas, fragmentos de vida, episodios que cualquiera podría haber vivido, pero no digamos que es una novedad ni lo expresemos igual que se ha hecho siempre.

Pensando en este deseo, los cuentos reunidos para esta antología intentan algo distinto. De varias formas, con estilos muy variados, *intensifican* experiencias de la vida en la ciudad y crean narraciones en las que pasa lo habitual, sí, pero también todo lo demás.

Fenómenos extraños. Avistamientos de lugares y criaturas singulares. Vidas que se alteran de maneras inexplicables y (a veces aterradoras). Irrupciones de lo terrible (o de lo maravilloso) en existencias que parecían de lo más cotidiano. Acontecimientos improbables, o hasta imposibles: más allá del temor o la esperanza. De todo eso tratan los cuentos en este libro. De qué *se siente* vivir en la ciudad, y cómo en ella están nuestros movimientos y deseos de siempre, pero también nuestros sueños y nuestras pesadillas.

Desde historias más sutiles como las de Atenea Cruz o Karen Chacek hasta las narraciones futuristas, líricas de José Luis Zárate o Gabriela Damián, los cuentos de este libro ofrecen muchas posibilidades distintas. Las estampas de lo muy improbable (o casi imposible) de Ana García Bergua y Raquel Castro; los episodios fantásticos de Bernardo Fernández Bef, Jorge Luis Almaral y Arturo Vallejo; los mundos más intrincados de Andrea Chapela y Édgar Omar Avilés, todos los textos se encuentran, al menos, en la *idea* de los grandes espacios que compartimos en este momento de la historia humana: en las grandes ciudades de la imaginación.

Una advertencia: estos cuentos no son como las historias que se comparten por internet como “noticias” sensacionales (o como bromas que todo el mundo se cree). Las cosas inusitadas que ocurren aquí son las que se pueden encontrar en las grandes narraciones de ficción en general, es decir, los grandes cuentos, las grandes novelas, las grandes películas y series. Los grandes cómics, también.

No se trata de creer que lo que sigue es estrictamente cierto.

Por el contrario, aquí hay personajes inventados en los que podemos reconocernos. Vidas que podrían sonar parecidas a las nuestras. Relaciones de hechos fingidos que nos entretienen —por supuesto; tampoco hay nada de malo en eso— y a la vez podrían revelarnos verdades más profundas y más cercanas.

El pasillo del azúcar

Bernardo Fernández Bof

A Raquel, la real, que me avisó de la muerte de Lennon

—La maestra Marilú es un mutante— dijo Raquel.

—¿Un qué? —pregunté.

—Mutante, un... un como monstruo. Sólo que peor.

—¿Cómo sabes? —Raquel siempre decía palabras raras.

Era la hora del recreo y sólo nosotros dos estábamos en el salón. La maestra nos había castigado por estar hablando a media clase.

—Pues no es difícil darse cuenta. Basta ver su cara.

Realmente la maestra Gorilú era espantosa. Pero, ¿mutante?

—Yo preguntaba cómo lo descubriste.

Raquel puso su cara de “tengo un secreto que no puedo decirte”, que incluía esa sonrisa, muy estirada pero sin abrir la boca, y esos ojos que parecían conocer de algo que yo no conocía ni imaginaba. Me chocaba cuando lo hacía.

La maestra Marilú tenía lentes de mosca, la cara llena de granos (o cicatrices provocadas por ellos), nariz aplastada y el pelo chino, muy chino, como un jugador de básquet, sólo que ella era chaparrita. Claro, en relación con los adultos, porque era más alta que nosotros. Bueno, que Raquel no, que era la más grande de las niñas.

Era la maestra más regañona. Cuando te portabas mal te castigaba, si no sabías lo que preguntaba te jalaba de las patillas o te daba coscorriones, y si estabas masticando chicle te lo pegaba en el pelo. Nunca sonreía. Todos le teníamos miedo.

Mucho.

—¿Prometes no decir nada, Bernardo? —me preocupaba cuando decía eso. Siempre salía algo mal.

—Prometo.

—Ayer la vi en el súper—susurró Raquel.

—¿A la maestra Monstrilú?! Si me la hubiera topado yo, estaría muerto del susto.

—Yo iba con mi mamá.

—Eso cambia las cosas. Así nada puede pasarte.

—Ella iba sola— continuó—, llevaba un carrito vacío. Eso fue lo primero que me hizo sospechar.

—¿Por qué?

—Pues porque en el súper todos llevan carritos llenos, tonto.

—Nunca me había fijado. ¿Y luego?

—Mamá estaba escogiendo la verdura. Como trabaja, siempre vamos al súper de noche, cuando no hay mucha gente.

—Mi mamá también trabaja, pero no nos lleva de compras a Alfredo y a mí. Dice que damos mucha lata.

—Y entonces...

¡Paf! Un balón golpeó la puerta del salón. Nos hizo brincar a los dos. “¡Niños!”, oímos gritar a

alguna maestra allá afuera. A pesar de estar castigado, me parecía más interesante lo que estaba pasando adentro.

Raquel se me quedó viendo con aquellos ojos que parecían muy chiquitos para su cara. Respiró profundo y dijo:

—Y entonces mi mamá me mandó por el azúcar.

Me quedé viéndola. Pasó un segundo. Ella me miraba sin parpadear. Pasó otro. Al tercero, le pregunté:

—¿Y eso qué?

Pareció sorprendida.

—Ah, es que me adelanté. Lo que pasa es que había visto a la maestra meterse en ese pasillo. Y no se veía a nadie más por ahí. “Mejor vamos juntas cuando acabes con los jitomates” le dije. Ella me miró con ojos de pistola. Quise insistir, pero con mi mamá no se juega.

Ya lo sabía. La conocí una vez que fui a su casa. Regañó a Raquel por una tontería y le gritó. Pensándolo bien, daba tanto miedo como la maestra.

—Y allá voy, al pasillo del azúcar. Iba pensando en qué le iba a decir a la maestra cuando la viera.

—Yo no sabría.

—Esperé un momento para ver si la veía salir. Pero tardaba. Desde las verduras mi mamá no podía verme, pero la oí decir “Raquueeeel, apúuuuuurate”.

Seguro que le gritó. Así era su mamá.

—Y ahí me di cuenta de que no había nadie más en esa parte del súper. Sólo ella y yo.

Raquel hizo una pausa y por un momento me pareció que todo se había quedado en silencio, pese a que en el patio seguía el recreo y todos los gritos de los niños parecían un solo zumbido de insecto gigante, y en la pared, arriba del pizarrón, el segundero del reloj hacía cric, cric, como un grillo.

—Caminé hacia el pasillo. Iba despacito, despacito, tratando de tardarme lo más posible...

La imaginé como una bailarina, con sus piernas largas, dando pasos lentos.

—...pero no era tan lejos. Ella seguía ahí dentro. No entendía como podía tardarse tanto en escoger un paquete de azúcar. Mi corazón se empezó a acelerar, Pum Pum, pasé el pasillo de las galletas y los cereales, Pum Pum, el de las sopas y las latas, Pum Pum, la vieja no salía del de la sal y el azúcar, Pum Pum, dejé atrás el de los granos y el arroz, Pum Pum, y cuando llegué al del papel de baño, Pum Pum, me detuve, Pum Pum, me temblaban las piernas, Pum Pum, no podía seguir avanzando, Pum Pum, me iba a regresar, Pum Pum, cuando me gritó mi mamá, Pum Pum, “¡Raquueeeel!”, Pum Pum, ya iba a meterme, Pum Pum, cuando oí un ruido, Pum Pum, era algo tragando, Pum Pum, o mejor dicho, atragántandose, Pum Pum, como cuando comen los perros, Pum Pum, más fuerte, Pum Pum, munch, munch, munch, Pum Pum, masticando desesperadamente, Pum Pum, “¡¡¡Raquel, caramba!!! Pum Pum, y sin pensarlo más me metí en el pasillo, Pum Pum, y lo que ví me dejó fría...

¡¡Riiiiing!! tronó la chicharra en el patio. Los demás niños entraron al salón gritando. Mi grupo había quedado empatado en el partido de fútbol con el grupo del salón de junto y las niñas dejaron a medias un juego de la casita.

Todos se sentaron en su lugar. En medio del ruido, le pregunté a Raquel:

—¿Qué viste, qué viste?

—Era como un insect...

Entró la maestra y todos callaron. Se le quedó viendo a Raquel, que se puso pálida.

—A tu lugar— le dijo.

Dio clase de matemáticas y pasó a Raquel al pizarrón a que hiciera una raíz cuadrada. No supo.

—Te quedas castigada después de clase— le dijo.

A la hora de la salida quise acercarme a Raquel, pero la maestra Marilú le puso unos ejercicios de quebrados en el pizarrón y me dijo que me fuera. Vi el terror en los ojos de mi amiga, pero tuve miedo y me salí.

Iba caminando a la casa junto con mi hermanito; sentía pánico, pero había abandonado a Raquel. Podría estar en peligro. Decidí regresar.

—Adelántate a la casa— le dije a Alfredo.

—¿Adónde vas?

—A... a... ¡A comprar una monografía!

—Yo quiero ir.

—No, no, voy solo.

—Te quiero acompañar.

—¡Que no, que voy solo!

¿Por qué los hermanos menores se ponen tan necios en situaciones como éstas?

—¿Por qué los hermanos mayores son tan pesados?— preguntó y se fue.

Cuando regresé, no había nadie en la escuela. Estaba silenciosa. Podías escuchar el vuelo de una mosca.

Corrí hasta el salón. La puerta estaba cerrada, pero desde afuera se veían las siluetas de Raquel y la maestra. Iba a entrar cuando...

Bzzzzzzt.

Se oía suave, quedito...

Bzzzzzzt.

...un zumbido, como de abeja...

Bzzzzzzt.

...venía de adentro...

Bzzzzzzt.

...también se oían quejidos...

Bzzzzzzt.

...era Raquel...

Bzzzzzzt.

...me asomé...

Bzzzzzzt.

...y vi la espalda de la maestra Marilú...

Bzzzzzzt.

...con un par de alas transparentes y venosas sacudiéndose...

Grité.

No me quedé a ver más. Corrí tan rápido como pude. No me detuve hasta que llegué a casa. Iba llorando. El susto me dio diarrea y no fui a la escuela al día siguiente, que era viernes. No pude contarle a mi mamá.

Cuando regresé, el lunes, me acerqué a Raquel a la hora del recreo.

—¡Tienes razón! ¡La maestra Insectú es un mutante!

Me volteó a ver, confundida. Pero el brillo que siempre habían tenido sus ojos ya no estaba ahí.

—¿Un qué? — preguntó. Parecía un zombie.

—Un mutante, uno como monstruo, pero peor. Tú me dijiste. Del día que te la encontraste en el súper.

—Yo nunca dije eso— y se dio media vuelta y se fue, caminando como sonámbula.

Me quedé aturdido, en medio del patio del colegio. No sabía qué pensar. Entonces sentí una mirada en la espalda.

Volteé y vi a la maestra Marilú. En su cara, noté algo que jamás le había visto hacer:

Sonreía.

Cada martes

Karen Chacek

Tomé el tren de la línea café y para alentarme a resistir el trayecto en compañía de la multitud, me recordé que con los dedos de una mano me alcanzaba para contar las paradas que precedían a mi estación destino. Entonces fue que lo vi escabullirse entre los demás pasajeros del vagón; era el niño bravucón de la semana pasada, al que la mujer de la mascada amarilla había sacudido de los hombros con un ¿Entiendes lo que te digo?, mientras él escupía a borbotones una risa que a ella la ponía todavía más furiosa.

La impotencia de no ejercer autoridad alguna sobre ese pequeño brote humano de diez años que le llegaba a la altura del codo, la hizo apartarlo con un empujón y arrojar por la boca un amargo ¡Haz lo que quieras! ¡Desde este momento eres un fantasma para mí! Se abrieron las puertas del vagón y la mujer salió presurosa. El niño la miraba confiado, a la espera de que luego de cierto número de pasos se detuviera y volteara a verlo, entonces él saldría también del vagón y la seguiría a la distancia. Ella no le dirigiría la palabra en todo el recorrido del andén a la calle, hasta que llegara la hora de cruzar la avenida y tomarse de la mano. El contacto de sus dedos sería para él la confirmación de que había sido perdonado una vez más.

Pero la señora de la mascada amarilla no volteó; se siguió de frente para sorpresa del niño, y quizá de ella misma. Sonó la alarma de anuncio previo al cierre de las puertas del vagón, el tren se puso en marcha. El niño se entregó a reír en voz baja, resbalaban lágrimas por sus mejillas que recogía con la manga de su chamarra. Por momentos reía con más fuerza, en un intento vano de engañar a quienes lo observaban. Para no decepcionar a su audiencia se puso a practicar movimientos de box frente a los cristales de la puerta del vagón. Lanzaba al aire golpes calculados; al jab le seguía un golpe recto, otro arriba y al centro, como si el juego pudiese reparar cualquier herida, o eso pensamos más de un iluso antes de descubrir que en realidad nos propinaba puñetazos imaginarios a cuantos nos reflejábamos en el cristal. Aquel niño me recordaba demasiado a mí cuando tenía su edad.

Yo podía apostar con los ojos cerrados que ese niño sería de los que rara vez se dejaban mimar; que sus brazos estarían salpicados de erupciones rojizas y sería improbable verlo alguna vez caminar descalzo en su casa. Que con aires de sabelotodo habría fantaseado en más de una ocasión marcharse lejos: subir al tren subterráneo, pasar de largo cinco, nueve, trece, dieciocho estaciones y después bajar en otra colonia, otra ciudad, otro país, otro plano de existencia.

La aventura pondría a prueba su temple, apenas se descubriera expuesto a los riesgos sobre los que le habían advertido en casa más de cincuenta veces, mientras él se reía. Conforme el tren avanzara, vería bajar a los pasajeros que guardaban todavía parecido con ciertos vecinos de su colonia, para ver subir a otros tantos vestidos con expresiones indescifrables, ropas raídas o incrustaciones brillantes, que habrían de mirarlo con una curiosidad filosa.

Pronto se sabría extraviado en una esquina sin nombre, abrumado por el martilleo de voces y ruidos extraños a su alrededor. Se sobresaltaría con cada sonrisa sin dientes que le ofreciera cualquier caminante de piel verdosa, con los gritos y ademanes erráticos de la anciana ciega parada al borde de la banqueta, quien no pararía de proferir insultos a cuantos le rozaran el codo al pasar a su lado.

El niño cerraría cada tanto los ojos deseando que al abrirlos de nuevo se encontrara en la calle de

su casa, pero el truco fallaría una y otra vez. Cuando sus pies se negaran a abandonar esa esquina, acudiría de nuevo al recurso del box. Su corazón latería aprisa y el bochorno le pintaría la cara del color de las fresas. Renunciaría a la práctica y se amarraría con más fuerza las agujetas. Contaría las hormigas que avanzaran en procesión por la orilla de la banqueta y, de vez en cuando, se animaría a levantar la mirada con la esperanza de reconocer alguna cara; quizá la del conductor del camión de la basura asignado a su cuadra, la de la farmacéutica de la esquina que lo inyectaba cuando se enfermaba de la garganta, la del viejo prefecto de la escuela que informaba a su madre de todas sus escapadas y riñas.

Pequeños grupos de adolescentes con cuerpos deformados se irían aglomerando en los límites de la avenida, algunos lo mirarían de reojo y sonreirían una cascada de saliva. La alarma en el vientre del niño traquetearía un anuncio de peligro que le mojaría los pantalones, pero él se descubriría incapaz de despegar los pies del suelo, como pasa en aquellos sueños en los que siendo apremiante correr no consigues hacerlo.

Fijaría su atención en el paso de los taxis sobre la avenida y los clasificaría por tipo; contarían el doble aquellos que portaran a la vista su tarjetón de registro, tal y como le habían enseñado en casa a identificar los taxis seguros para evitar *lo peor*. Desafiaría a ese Dios al que la señora de la mascada amarilla había insultado tantas noches de los últimos meses, por haberle enviado un *hijo malvado*, para que le concediera el poder de detener uno de esos coches con el puro pensamiento. Pasarían sin detenerse uno, siete, quince autos de puntaje doble... ¿Quién se arriesgaría a subir a bordo a un niño solo, aún si una voz celestial se lo sugiriera?

Se reprocharía no haber bajado a tiempo del vagón, aunque la mujer de la mascada amarilla lo hubiera abandonado a su suerte; al menos en aquel otro paraje de la ciudad sabría cómo defenderse o hacia dónde huir. Suplicaría convertirse en una más de las hormigas que caminaban en fila por la banqueta, se sorbería los mocos para que nadie notara que también por la nariz se llora, y le prometería a ese Dios que lo ve todo nunca más volver a aplastar una hormiga con la yema de su dedo (a sabiendas de que no lo cumpliría).

Vendría, entonces, el momento en el que un pasajero de suéter color pistache, profesor de una secundaria nocturna, giraría la cabeza hacia la derecha y lo vería. Le llevaría una fracción de segundo reconocer su estado, habiendo sido el mayor de seis hermanos. Le pediría al conductor del taxi de fabricación coreana, con tarjetón de registro en la ventana, que se orillara un momento pese a lo poco recomendable de poner un pie en aquel código postal maldito.

El hombre del suéter bajaría del coche y caminaría resuelto; el niño lo escucharía enunciar un "*Ven conmigo. Este no es un buen lugar para extraviarse*" y con más desesperación que desconfianza asentiría con la cabeza, con los ojos, con el cuerpo todo. El hombre suspiraría al momento de agrupar fuerzas, sabiendo que esa noche tendría que desviarse de su camino. Imploraría en silencio que el niño no viviera demasiado lejos: "¿Te sabes la dirección de tu casa?«

El niño repetiría su respuesta frente al rostro de incredulidad del taxista, un hombre menor de cincuenta años, quien ese mismo mes habría perdido tres dientes en una riña con otro automovilista. El hombre del suéter cerraría tras de sí la puerta del coche, asegurándole al conductor cargar consigo suficiente dinero para completar la tarifa del viaje. El taxista titubearía en despegar el pie del freno, luego se entregaría al arrullo de los repetitivos mensajes publicitarios de su estación de radio predilecta a esa hora, las siete cincuenta de la noche.

El niño viajaría sentado muy cerca de la puerta, con la mirada pegada al vidrio, sin conseguir

explicarse por qué el adulto salvador no le había hecho más preguntas. Siete ejes viales más adelante, sonreiría tan pronto empezara a reconocer el terreno; al anuncio luminoso de la zapatería le seguiría el edificio con forma de libro abierto, la gasolinera de letrero naranja y la tienda de la esquina.

A ese adulto y sólo a ese adulto sentado a su lado en el asiento trasero del taxi, el niño le permitiría que posase una mano sobre su hombro tras bajar ambos del coche y caminar el par de calles que desembocarían en una tercera calle cerrada, donde se detendrían frente a la puerta de reja negra de una casa.

El hombre del suéter miraría decidido ese timbre circular colocado debajo del número catorce y lo oprimiría con insistencia. No apartaría su mano del hombro del niño al escuchar los pasos presurosos que se acercarían a la reja, mucho menos al descubrir que éstos pertenecerían a una mujer de mascada amarilla y expresión desencajada, quien no habría atinado a la primera a introducir la llave en el orificio de la chapa.

La mujer y el hombre intercambiarían un *Buenas noches*. Ella notaría con sorpresa cómo la mano de ese desconocido de suéter color pistache se mantendría posada con firmeza en el hombro del niño y cómo la mano del niño se alzaría lento para posarse un par de segundos sobre la mano del hombre y oprimirla dos veces.

El niño saldría corriendo, atravesaría el patio, cruzaría la cocina y el resto de la casa, se encerraría en su cuarto. Quedaría trazado un camino de lágrimas, que se evaporaría antes de que la señora de la mascada amarilla lo descubriera.

Ella, todavía de pie frente al hombre del suéter, se valdría de un brusco "*Gracias*" para expresar su revoltura de sentimientos. El hombre se daría por bien servido, inclinaría la cabeza y regresaría a la avenida en busca de algún transporte público que lo llevara por fin a su casa, donde le darían la bienvenida cuatro palmas, un helecho, una polilla, un tarro de mayonesa, dos teleras y ciento cincuenta gramos de jamón de pavo.

La sensación de esa mano pequeñita, sudada y fría, oprimiendo su mano dos veces, se alojaría por tiempo indefinido en su ser como un nuevo recuerdo significativo, se transformaría con el paso del tiempo en una breve historia épica, que lo proveería de un bienestar suave las noches en las que el tubo de galletas Príncipe y un vaso mediano de leche tibia no fueran combinación suficiente para curarle la falta de sueño.

En el caso del niño, la experiencia lo dotaría de una falsa idea de indestructibilidad. Repetiría la hazaña del tren orgulloso de ver brotar en su cuerpo magulladuras y moretones, con tal esmero que el color de su piel ganaría tonalidades verdosas en menos tiempo del que le llevara a un azotador mutar en polilla. Eventualmente, pasaría una, dos, siete noches a la intemperie; comprendería por fin que abandonar y ser abandonado son dos cosas muy diferentes, que una no sirve para explicar la otra. Si lo sabré yo, que cada martes abordo a la misma hora el tren de la línea café para que me lleve a la casa de mi infancia, un lugar que desde hace cuarenta y un años no existe.

Al fondo del baúl

Édgar Omar Avilés

*Lo que sólo ocurre una vez
es como si nunca hubiera ocurrido.*

PROVERBIO ALEMÁN

I

—Sí —le respondes rumiando las palabras a causa de la dentadura postiza que te queda floja—: estuve muy cerca de un crimen monstruoso.

Tras suministrarle tus datos, acuerdan verse a las cinco de la tarde del día siguiente.

Le abres la puerta en medio de una sonrisa que toma camino entre tu rostro arado de arrugas. Se sorprende de verte en silla de ruedas. Sus pasos son cautelosos, acaso temiendo que el piso de apollada duela se resquebraje. De fondo, casi mudo, se escucha un disco de acetato con un valsecito que, estás segura, el periodista nunca ha escuchado. El olor a moho provoca que sutilmente se frote la nariz. El sillón individual amenaza su trasero con un resorte. Entre él y tú media un baúl, cuya tapa de superficie plana hace las veces de mesa de centro en la sala. Lo miras con amabilidad algunos segundos más de lo debido. Te gusta su barba de candado y las marcas de acné que virilizan su rostro de niño. A través del cristal roto de la ventana se cuele la luz de un sol que perturba el polvo que flota en el aire.

—Seguramente quieres un café —sin esperar respuesta, ruedas a la cocina. Tras algunos minutos, regresas con un par de tazas despostilladas que contienen un café con sabor a tierra.

—¿Me podría platicar un poco sobre ese crimen...? —tras lanzarte una mirada buscando aprobación, aprieta el botón de la grabadora. Lentamente te quitas la frazada con que cubres los muñones de tus muslos. Quedas vestida con una especie de mallones adaptados a tu cuerpo mocho.

—Las perdí intentado salvar a un niño —y le relatas que medio siglo atrás fuiste a tomar unos tragos con un compañero de la fábrica en que trabajabas. Un francés buen mozo llamado Maurice —. ¿Sabes?, él me decía que yo tenía buenas piernas —te ríes, moviendo los muñones en cada risotada—. Y tenía razón, pues de joven fui campeona estatal de cien metros planos. Entrada la noche, escuché un quejido que provenía de abajo de nosotros. Hasta que Maurice fue al baño procuré no darle importancia. Me encontró con la oreja pegada a la alfombra. “Qué sutil insinuación”, me dijo al verme en aquella pose. Le pregunté por el extraño ruido. Me respondió que era una casa vieja, que seguro eran crujidos propios de los cimientos o de las ratas. Después prendió un cigarrillo y me informó que la ternera en salsa de fresa nos esperaba en el horno —continúas relatándole que, entrada la madrugada, te despertaste muy nerviosa, te zafaste de los hermosos brazos del francés, te vestiste precariamente y tomaste sus llaves. Recorriste la alfombra. El sótano olía a excremento y sangre. Aovillado en una improvisada jaula, estaba un ser que expelía un graznido hueco en cada respiro. Durante unos minutos buscaste forma en ese animal, hasta que descubriste que era un niño de acaso cinco años. Un niño sin piernas. Su cara estaba abotagada de moretones. Lo envolviste entre tus brazos y te dispusiste a escapar. Pero a un paso de la puerta un golpe en la nuca te dejó sin conciencia. Al despertar, estabas en el sótano—. Me faltaba el pie izquierdo, a la altura del tobillo. Maurice me dijo que lo había preparado en salsa de fresa... Lo que sigue es muy duro —guardas silencio por unos segundos, el valsecito que se repite sin cesar decanta sus notas como suspiros—. Durante dos semanas me devoró poco a poco las piernas,

cauterizando entre cada trozo que cortaba “pues sólo con carne viva, fresca, conseguiría inmunidad para que sus enemigos no le hicieran daño”, según me explicó... —las lágrimas te bloquean las palabras. El periodista se disculpa por haberte traído aquel recuerdo atroz. Al declinar la tarde, la casa se puebla de un viento que te obliga a cubrirte nuevamente con la frazada. El olor a moho se reconcentra.

Te muerdes los labios. Miras los ojos miel del periodista. Sin decir palabra, colocas las tazas en el piso y abres el baúl. Sacas lo primero que está a mano: un paquete anudado con un cordón rojo que contiene unos polvorientos recortes de periódicos sobre Maurice, el Caníbal Francés. El periodista los hojea con la avidez del pirata que ha encontrado el mapa del tesoro.

Tras un cuarto de hora, el sol declina. Entonces alza la vista: te ve temblando entre un llanto mudo, arrebuja en tu silla. Tras accionar el interruptor, un foco pintado de excreciones de mosca vierte una luz grasosa. Se te acerca con tiento, te pone una mano en un hombro y te da las gracias. Tú le respondes con un hilo de voz que lo esperas mañana para contarle todo lo que no está en los periódicos: cómo escapaste de aquella tortura, qué pasó con el niño y el paradero de Maurice: autor e intérprete del valsecito que ha estado escuchando.

II

Llega poco antes de las cinco de la tarde. Tras la repugnante taza de café, lo miras a los ojos. El periodista se coloca los lentes para acentuar su sereno profesionalismo, pero sus fosas nasales expandidas delatan sus nervios.

—¿Puedo fumar? —saca una cigarrera de la bolsa interior de su chamarra.

—Preferiría que no. Mis pulmones son muy débiles... Prende el tocadiscos —ves con agrado cómo el periodista guarda su cigarrera y acata tu orden—. Lamento haberme... perturbado el día de ayer —le dices mientras tus manos venosas, de uñas gruesas y ennegrecidas, bailan al ritmo del valsecito.

—Lo que le pasó fue terrible, señora... No era para menos —notas que ha descubierto que olvidaste ponerte la dentadura postiza.

—Mi vida siempre ha sido difícil —te acomodas en la silla de ruedas. El periodista enciende la grabadora—. Ya debería de estar acostumbrada, pero a veces todavía duele. De niña fui una sabandija: arrastrándome debajo de la mesa o de las camas. Dicen que mamá estaba vieja cuando me parió o que fue castigo por hacer ceniza el cuerpo de la abuela en vez de darle santa sepultura o que fue culpa de los gases tóxicos de la mina donde papá trabajaba. O todo junto. Hasta los catorce años me regalaron una silla de ruedas. Dormía en el sótano porque mamá decía que no se podía confiar en alguien tan horrible. Que por las noches podía atacarlos a ellos o a mis hermanos —tus encías pegajosas dan una textura granulada a las frases.

—Ayer usted me dijo que..., que un psicópata le había comido las piernas —te dice con las palabras contrahechas de desconcierto. Al cambiar el cruce de sus piernas, notas un agujero en la suela de sus lustrados mocasines. Tu tórax cruje con un hondo respiro. Bajas la mirada. Te descubres la frazada para mostrarle los muñones.

—Ayer necesitaba decirte lo que te dije...

—¿Entonces para qué me llamó? —se incorpora desconcertado. Luego te mira como lo hace un padre machista al que su hija le confiesa que es lesbiana.

—Mientras te contaba la historia del caníbal, sentía que un día tuve piernas. Que no fui una sabandija que nadie quiso desde que nació. Que tuve un cuerpo completo, que no siempre fui la

mitad de un humano. ¿Sabes?, ayer soñé que ganaba los cien metros planos. Maurice sí existió, pero no tuve nada que ver con él —y, mientras continuas hablándole de tu vida miserable, sacas del baúl un paquete anudado con un cordón azul, justo debajo del de cordón rojo, que contiene una blusa deshilachada de cuando eras pequeña y algunas fotografías familiares color sepia, en donde una niña despeinada y mugrosa gatea con sus muñones y se asoma entre las piernas de los demás. Al final, sacas una especie de tabla de patineta—. La utilicé por años para desplazarme... Cuando conocí a un chico que nació sin piernas ni brazos, comprendí que era afortunada. Este baúl es herencia de mis padres, junto con esta casa. A un paso de la tumba estaban muy arrepentidos por cómo me trataron —notas que el periodista presta una falsa atención a todo lo que le dices y muestras, mirando de reojo su reloj de pulso—. Quizás mi vida te parezca poco interesante para un reportaje, pero algo podrás recuperar de tu tiempo perdido si vienes mañana. ¿Sabes?, trabajé en un circo. Fui desde la mujer que cortaban con un serrucho, payaso en una carriola, malabarista, hasta bailarina sin piernas. Bailaba el valsecito que escuchas —tras rodar para prender la luz, enciendes una vela con aroma a vainilla, haces un sencillo truco con unos viejos naipes y le muestras algunos carteles en los que tu nombre aparece con letras cada vez más vistosas.

III

Casi a las cinco y media de la tarde tocan a la puerta. El periodista declina la oferta de una taza de café. Mientras te preparas el tuyo, observa las paredes manchadas de humedad, las cortinas descoloridas, la maceta de barro con la plantita aferrada al poco verde que aún guarda su tallo y los muebles de madera y tela corrientes.

—¿Tuvo hijos? —olisquea sin pudor el olor a moho.

—Un aborto... Pero tuve muchos amores: sin piernas, el corazón es más grande —te ríes como una puerta oxidada. Aprovechas para mostrarle que has tenido la amabilidad de ponerte la dentadura. Tras beber el último trago, miras la taza—. Mi café es un asco, no te culpo. Pero la vida es difícil para una vieja sin piernas y sin familia.

—Me imagino... Sin embargo, usted ha logrado vivir más que la mayoría... ¿Setenta y cinco? ¿Ochenta años?

—Ochenta y dos... Pero lo mío no es vida... Todas las noches sueño que mis piernas me esperan en el infierno. A veces mis pies fantasmas me arden por el fuego eterno.

—¿A qué se refiere...?

—¿Sabes?, los padres del niño discutían, como perros. Ya antes, en esa misma plaza, había visto que cuando eso pasaba no le prestaban atención. De todos modos iba a vivir poco, o sería un delincuente o un drogadicto. Yo le ofrecí un helado y él aceptó muy sonriente... Le dije que era amiga de sus papás, mientras caminábamos a...

—¡Caminar! —el periodista te ametralla con la mirada—. ¿Entonces usted tenía piernas...? —sonríes porque algunas veces la firme voz del periodista se amana un poco al final de las oraciones.

—Naturalmente... La forma en que las perdí fue algo... tristísimo —le explicas que las historias anteriores fueron pruebas para ver si él era el indicado para conocer la verdadera historia. El periodista enciende un cigarrillo. Tú no lo reprendes mientras le narras con detalle cómo previamente habías improvisado tu sótano como una especie de cocina y sala de cirugía; cómo adormeciste al niño con pastillas para dormir espolvoreadas en el helado; y cómo amputaste, poco a poco, bocado a bocado, las pequeñas piernas. Sólo las piernas te excitan. Murió luego de dos

semanas en que lo disfrutaste y engrosó las filas de los niños que desaparecen sin que nadie sepa que son un bulto más en el basurero de la ciudad.

—¿Y usted cómo perdió las piernas...? —el periodista apaga el cigarrillo a medio consumir.

—Mi pierna derecha me la comí en una noche frenética... La izquierda... Bueno, luego estuve casi cinco años en un manicomio. Me ponían el valsecito que escuchas para tranquilizarme los malos espíritus —el periodista voltea hacia el tocadiscos: no se había percatado de la sutil música de fondo—. Es un lugar horrible. Pero es más horrible saber que soy la causante de mi cárcel con ruedas —te quedas viendo tus muñones mientras te desbaratas como una muñeca de trapo.

—¿No se arrepiente de lo del niño...?

—Sí, un poco —tu cuerpo de trapo gana fortaleza. Alzas la vista lentamente, hasta clavar tus ojos negros surcados de incipientes cataratas en los del periodista—: le faltaba sazón a la salsa de fresa... —te inclinas para abrir el baúl. Debajo del paquete de cordón azul, sacas uno anudado con un cordón negro. Contiene fotografías de un niño mutilado de acaso cuatro o cinco años y unos pantaloncitos cortos de tirantes manchados de cuajos de sangre seca.

—Son mi tesoro...

—Usted está enferma, totalmente enferma... —te mira con horror.

—Ahora tienes la historia de un monstruo... Mi café, que consideras tan asqueroso, es un manjar: está aderezado con una pizca de los huesos, tostados y pulverizados, de las piernas de ese niño —la carne seca de tus senos brinca mientras ríes como un demonio. Luego sacas una libreta—. Durante las noches de los días caníbales, escribí algunas cosas. Sobre lo que sucedía y sobre lo que pasaba por mi imaginación —ves que el periodista la hojea, horrorizado—. Algunos párrafos también a mí me causan terror. Mañana te daré más detalles. Todos los que quieras. Prende la luz —le ordenas—. Podrás sacar fotografías de mis fotografías. Aprovéchala, que será la última entrevista —a un lado del interruptor que acaba de accionar, el periodista aprieta la mandíbula, incómodo, porque te has quedado mirándole las piernas.

IV

Llega a las cinco de la tarde, puntual con las campanadas de la iglesia. Te ofrece un paquete coronado con un moño: un kilo de un oloroso café de grano. Mientras beben, el periodista tamborilea los dedos en la taza. Pero tú das sorbos lentos, degustando el valsecito que suena interminable. Hasta que explota, preguntándote:

—¿Por qué alguien canibaliza? —notas que en su frente se han pronunciado las primeras arrugas que habrán de corroerlo. Prende la grabadora.

—Te dejaré que pruebes de mi pierna izquierda, la guardo en el refrigerador. Así tú serás el monstruo que estás buscado y podrás entrevistarte —te ríes tanto que la dentadura postiza no logra seguirte el ritmo. Luego callas y con mucha seriedad le explicas—. Es una broma —el periodista sonrío con timidez—. Se canibaliza para poseer. La de ayer, te diría que es una forma de poseer a alguien sexualmente; la de anteayer, te diría que es una forma de poseer tu cuerpo a costa del cuerpo de otro, como comer cualquier otro animal; la de hace tres días, te diría que es una forma de posesión diabólica para obtener poderes mágicos. Por mi parte, te digo que el mundo está tan lleno de razones que ha perdido la razón: es la posesión por la posesión misma...

Te mira de hito en hito mientras mueve la cabeza de derecha a izquierda. Parece deliberar concienzudamente, hasta que se incorpora:

—¡Miente, nuevamente se burla de mí...! No sé por qué sigo escuchándola...

—¡Siéntate! —le ordenas con firmeza—. Esta será la última entrevista, no tiene caso que te vayas tan pronto... —de un manotazo te descubres la frazada, mostrando tus muñones revestidos con una suerte de pantalón corto con tirantes. Instintivamente, el periodista se desfaja una pistola tipo escuadra, pero la baja al ver que no hay peligro.

—Vaya, vienes prevenido... —sonríes mientras acaricias la maraña canosa de tu pelo mal sujetado—. Así, como me ves, iba vestido el día del crimen...

—¡Ahora me dice que se vistió de niño? ¡Bruja mentirosa y ridícula! —te apunta con el arma. Se te asemeja a cierta vez que un chiquillo malcriado te apuntaba con su resortera porque le ponchaste el balón con que rompió el cristal de tu ventana.

—“De vainilla o de chocolate”, me preguntó. Yo le dije que de fresa. Dejé a mis padres discutiendo, nunca los volvería a ver, y acompañé a ese señor tan amable. Luego de un rato, me sentí muy cansado. Cuando desperté, estaba en aquel sótano de pesadilla. Me faltaba un pie. Lloré y grité hasta que perdí todas las fuerzas. Estuve sedado, aunque por ratos recuperaba la conciencia para verme cada vez más y más mutilado. En una ocasión, estuve casi consciente cuando me amputó una rodilla. Durante dos semanas, que aún son la eternidad, me cortó pies, pantorrillas, rodillas, muslos, hasta que me cortó el pene y los testículos. Por un milagro del diablo yo estaba con vida cuando llegó la policía. ¿Sabes?, viví en un orfanato, como una sabandija, arrastrándome debajo de las mesas y las camas. Era tan chico cuando pasó todo eso que muchos creyeron que era una niña que nació sin piernas. A veces sueño que así fue. Otras veces sueño que fueron mis padres quienes se comieron mis piernas —y le sigues contando sobre el olor a pánico que se respiraba en aquel sótano; olor que apesta los huesos de tu alma. Temblorosa, abres el baúl. Haciendo a un lado los otros paquetes, sacas del fondo del baúl un paquete anudado con un cordón amarillo. Contiene un par de fotografías de cuando fuiste un niño normal; luego otras de cuando eras un jovencito andrógino que limpiaba calzado y que utilizaba una patineta como piernas; y algunas más de cuando ya eras toda una mujer que mendigaba afuera de una iglesia. Le explicas que estas últimas te las tomó el sacerdote, pero no fueron gratis. Que un día encontraste el disco del valsecito en un basurero. Que tras muchos años de vagabundear, supiste que tus padres y hermanos habían muerto y como la casa quedó intestada te viniste a vivir en ella, aunque aún existe un pleito legal. Por último, le muestras tu acta de nacimiento y boletas de servicios médicos. El periodista examina los documentos a la luz del foco que escurre del techo como una brillante gota de grasa, luego te pide que saques todos los paquetes que hay en el baúl.

—Éste, el amarillo, es el último. El definitivo —sacas el paquete anudado con cordón rojo, el de cordón azul y el de cordón negro. El baúl queda vacío—. Estos tres son un truco que uso para no enloquecer totalmente... Para darle algo de sentido al sinsentido de la vida rota que me tocó —le pides que rápidamente tome las fotografías y apuntes que necesite y que se largue, que nunca vuelva a tu vida. Que mereces tranquilidad porque eres muy vieja y morirás pronto. El periodista te da las gracias y jura dejarte en el buzón un ejemplar de la revista donde saldrá publicado el reportaje sobre tu caso. La ventana enmarca un cuadro sin luna y sin estrellas.

V

Tras unos meses, encuentras en el buzón un ejemplar de una revista de criminología. En el reportaje hay términos que no comprendes del todo, aunque entiendes que te califica de mentalmente dañada, impedida para relacionarte de manera sana con los demás seres humanos por experiencias traumáticas en la infancia. En una carta adjunta, te explica que le han pedido que

lo adapte para una miniserie de televisión y que ya trabaja en ello. Te mandará regalías que, cree, te permitirán costear algunas necesidades y un par de lujos. Aunque basándose en la última entrevista, descubres que el periodista también utilizó elementos de las otras tres entrevistas; que ha hecho una interpretación libre, lo suficientemente libre como para que tomes un cordón blanco, ates con mucho cariño la revista y la guardes al fondo del baúl. Cuando salga la miniserie, guardarás una copia en video. Prendes la vela aromática, el olor a vainilla se funde con el penetrante olor a moho de tu piel delgada y seca como hojarasca. Sonríes con una sexualidad añejada al recordar la barba de candado, los ojos miel y las piernas del periodista. Lentamente, volteas a ver tu casa en ruinas. Ves tu rostro mal cuajado de arrugas reflejado en el cristal de la vitrina en la que guardas muñecas de tela y cerámica, rotas, remendadas, llorosas, como tú. Algunas eran de tu madre. Luego suspiras, pensando que quizá, algún día, dejen de desaparecer niños en tu ciudad; quizá un día te broten piernas de los muñones o al menos te dejen de doler tus pies fantasmas; tal vez logres olvidar aquello tan terrible que hicieron tus padres en tu infancia y que ocasionó que ellos desaparecieran; tal vez logres olvidar el orfanato y el manicomio; tal vez mueras pronto; tal vez te puedas perdonar; quizá se te revele en sueños lo que ni tú sabes; quizá desaparezca aquello que está al fondo, muy al fondo del baúl: la puerta que conduce al sótano sobre la que has colocado tu baúl desfondado. Te diriges al tocadiscos y pones el valsecito a un volumen tan sutil que te permite escuchar el crujir de tus huesos.

¡Música, maestro!

Raquel Castro

No es nuevo eso de que suban músicos al camión, que toquen o canten una o dos piezas y que pidan 'una cooperación'. Es más: por razones sentimentales, yo solía darles una moneda a los que tenían cara de hippies y tocaban a Sabina o Delgadillo. Pero el asunto comenzó a complicarse cuando ya no era un joven greñudo y barbón con su guitarra el que nos amenizaba el viaje, sino tríos y hasta cuartetos. A veces uniformados.

Es, hasta cierto punto, entendible: de algo tenemos que vivir y la libre competencia urge a estos intérpretes a ser originales y crear un sello personal, de ahí los trajes especiales y las pistas grabadas. Además, tengo que admitir que no me di cuenta de la evolución de la música de colectivos sino mucho después, el día en que nueve jarochos vestidos de blanco, con jarana, arpa y marimba incluidas, se subieron al camión en el que me dirigía a la escuela.

Me pareció excesivo, pero mi pensamiento se perdió en el laberinto de la política económica global y no volví a acordarme del asunto durante un par de meses, hasta que, en la misma ruta, subieron los mismos jarochos.

Bueno, no eran exactamente los mismos: ahora traían dos bailarinas, un coreógrafo y al técnico de las luces.

A partir de ese día empecé a poner atención en las intervenciones musicales de los colectivos que abordo: quintetos pop, mariachis, coreografías de musicales de Broadway... y no me escandalicé de todo eso, porque me considero progresista y me da gusto ver las formas alternativas de ganar dinero que se van inventando las personas. A fin de cuentas, prefiero que suban a cantar (aunque hagan playback) a que asalten el colectivo.

Sin embargo, hace un par de semanas ocurrió algo que hizo que mi forma de viajar por la ciudad cambiara radicalmente.

Era una escena típica: un microbús no muy lleno: todos los asientos ocupados, pero apenas unas seis o siete personas paradas. El fondo del vehículo estaba acaparado por una señora con huacales (con patos, pollos y un guajolote) y una pareja de adolescentes que se besaba sin inhibiciones.

Yo canturreaba aquello de "un elefante se columpiaba" para tratar abstraerme de las cumbias a todo volumen (favoritas de todo conductor que se respete). Iba en el trigésimo cuarto elefante cuando paramos en un cruce de esos de altos interminables. Ahí, un joven vestido de smoking subió al micro y pidió permiso de subir a 'pedir una cooperación'. El chofer se encogió de hombros y apagó su estéreo. Los pocos pasajeros que iban de pie, acostumbrados a las intervenciones artísticas de la ruta, instintivamente se movieron para dejar espacio en el pasillo.

Sólo que el joven no traía ni guitarra, ni acordeón, ni grabadora. Lo único que hizo fue sacar de su bolsillo algo que en el momento me pareció una antena de auto o una aguja para tejer, e hizo con la extraña herramienta una seña hacia la calle.

Subió otro joven de etiqueta, cargando una silla y un violín. Dejó la silla en el piso y dio la mano solemnemente al de la aguja de tejer o varita mágica (pensándolo mejor, parecía más una varita mágica que una antena de coche). Entonces subieron varios más, todos con sus sillas y con diversos instrumentos: más violines, violas, oboes, flautas y hasta platillos y un triángulo.

Con modales impecables, el de la batuta (al ver tantos instrumentos entendí que eso era la varita),

le pidió al chofer que abriera la puerta de atrás. Otros dos jóvenes de smoking entraron por ahí con un piano vertical que pudieron meter solo a medias.

Entonces, a una señal del de la batuta, comenzaron a sonar los acordes de la ópera “Carmen”. Por el quemacocos bajó una mujer muy gorda, vestida de gitana, seguida por un fulano bastante feo disfrazado de torero. El feo y la gorda cantaron apasionadamente. Actores entraban por donde podían y cantaban sentidas arias, mientras los tramoyistas se descolgaban por las ventanillas abiertas, haciendo verdaderos milagros para mantener en su sitio la escenografía pintada a mano.

Perfectamente integrado con la melodía, un toro metió el morro por una ventanilla para resoplarle amenazadoramente al pobre hombrecito de traje gris que leía su periódico en ese asiento.

Segundos después, el del periódico dio cuenta de que el bovino sólo quería ver las noticias deportivas mientras le tocaba participar en la puesta en escena, así que con resignación le compartió el diario.

El director de la orquesta vial parecía encaminarse al éxtasis mientras los músicos se concentraban en su ejecución. Para algunos era un poco difícil porque no habían alcanzado silla y estaban sentados en las piernas de los pasajeros; por ejemplo, el gordito del trombón se movía a cada rato, muy probablemente porque las rodillas huesudas de su pasajero-asiento eran muy incómodas. El muchacho del triángulo, aburrido porque su participación era esporádica, desde la puerta gritaba “súbale, súbale”, mientras el pianista se equilibraba con una habilidad portentosa entre su instrumento y los escalones de la puerta trasera. El toro despegó la vista del periódico del hombrecito de gris justo a tiempo para mugir como indica la partitura.

Cuando faltaba muy poco para el aria de “Toreador”, los jarochos de la vez pasada trataron de subirse por la puerta de atrás, pero se los impidió el piano. Al ver que ya había otro espectáculo en la unidad, hicieron un *teamback* en el que resolvieron sumarse al show en turno. Se metieron por la ventanilla del chofer y comenzaron el zapateado, nada más que en vez de hacerlo estilo veracruzano lo convirtieron en una jota española, más adecuada para la ocasión.

Justo cuando la gorda iba a cantar su aria final, el guajolote del último asiento se salió del huacal en el que estaba, revoloteó hasta posarse en la cabeza del director y cantó: *Gordogordogordogorigooooo*.

Al de las percusiones no le importó que no hubiera sido la soprano quien cantara la última parte y golpeó con fuerza los platillos. El eco del último acorde se quedó vibrando en el ambiente durante unos segundos, tiempo suficiente para que los pasajeros cerráramos la boca.

El hombrecito de gris dio la vuelta a la página de su periódico y con eso rompió el hechizo: todos aplaudimos, primero con timidez, luego con verdadero entusiasmo. Algunos pasajeros hasta se pusieron de pie, a costa de tirar a los músicos de su regazo, e incluso hubo quien pidió un *encore*.

Cuando el guajolote pasó junto a mi lugar recolectando la cooperación en el sombrero de uno de los jarochos, deposité mi cartera completa, sin sacarle siquiera mi credencial de elector o la tarjeta de crédito. Pasaron varias cuerdas antes de que recuperara el aliento.

Ahora tengo un problema: como decía, mi forma de viajar ha cambiado radicalmente y ahora no puedo llegar a mis compromisos, porque en vez de tomar la ruta que me tendría que dejar más cerca del lugar al que voy, elijo los colectivos que traen el mejor espectáculo. Sé que me van a correr si sigo faltando al trabajo, pero ¿cómo voy a tomar la combi que me lleva a la oficina si sólo tiene el

re-re-reencuentro de Timbiriche? En cambio, ¡mañana dan *Aída* en el foráneo que va de Indios Verdes a Ojo de Agua! Me mata de curiosidad saber si será con pirámides y elefante incluidos.

Soñarán en el jardín

Gabriela Damián Miravete

METAS A CORTO Y LARGO PLAZO:

—Entrar a natación

—Trabajar duro para pagar la inscripción de la escuela

—Juntar dinero para el Cervantino

—Hacer el clóset

—Pintar la casa en septiembre

—Comprar las sillas del comedor

—Comprarme unos zapatos

—Leer a Platón

—Hablar y ser simpática con la gente.

NOTA DE PUÑO Y LETRA DE

ERIKA NOHEMÍ CARRILLO

(en una fotografía de Mayra Martell)

Los naranjos estarán cargados de frutos, y sus flores llenarán el aire húmedo del jardín oeste. Una neblina sedosa refrescará las puntas del pasto, de la hierba crecida de aquel prado. El sol saldrá siempre por detrás del almendro y las ramas del árbol más viejo, un corpulento ahuehuete, se extenderán primero hacia sus rayos, estirándose como una muchacha que quiere desperezarse. Alrededor de las nueve el jardín se irá poblando de siluetas. Algunas se saludarán entre ellas. Otras se espantarán con la caída de alguna naranja, y se alejarán riéndose hacia la sombra de otras hojas. Unas más mirarán hacia el mar que, bajo la pendiente que eleva al jardín oeste sobre la playa, rugirá y se extenderá hasta treparse en el azul grisáceo del cielo.

Los auxiliares revisarán que todo esté en buenas condiciones para recibir a las visitas, pues a media mañana llegarán varios grupos de primer año acompañados de sus maestros, algunos de ellos todavía aprendices. Bajarán de los vehículos entre grititos de emoción y tropezones. El Maestro aprendiz les advertirá “¡Sin correr!”, con una niña en brazos que se ha quedado dormida durante el viaje, con la boca entreabierta y los cachetes colorados.

La Guardiania del jardín, una anciana risueña y de paso firme a pesar de usar bastón, dará a los auxiliares las recomendaciones de rigor: apoyar en todo momento a los maestros aprendices, acompañar a los niños en sus emociones, tener listos los refrigerios a las 2, repartir cada hora agua para sorber. Luego acelerará el paso y se colocará al frente de una larga fila de infantes que cantarán estruendosa y desafinadamente en alegre procesión por el sendero de guijarros hasta llegar al jardín oeste. Varios niños perderán el ritmo, alguna niña se distraerá con una lagartija escondida debajo de una piedra, y el Maestro aprendiz tendrá que guiarlos de nuevo por el sendero, marcarles el paso, las palmas. Los pequeños pasos se escucharán al unísono sobre la grava. Las risas infantiles flotarán en el aire, mezcladas con el olor a miel y el regusto salado de la brisa. La temperatura será muy agradable, de una tibieza reconfortante.

Ante las altas rejas de latón que resguardan el jardín, la comitiva se detendrá. Un par de maestras seguirán entreteniéndolo a los niños, el resto acudirá a escuchar las advertencias de una de las auxiliares del jardín.

—Como ustedes ya saben, la idea es dejar que los niños interactúen con ellas e intervenir sólo cuando sea necesario. No teman a las reacciones de los niños ni traten de limitarlas, son parte del proceso educativo. Nosotras estaremos cerca y al pendiente de lo que necesiten en todo momento.

Las puertas de latón se abrirán lentamente con la llave magnética que La Guardiania porta como un collar. El bullicio infantil se dispersará por el jardín oeste hasta que los niños noten la presencia de *ellas*.

Las siluetas brillarán con destellos nacarados que maravillarán a los visitantes. Estarán hechas, como todos los viejos trucos, de luces y espejos, un complejo mecanismo que permanecerá oculto para los visitantes. Por encontrarse al aire libre poseerán una sutil transparencia que de repente permitirá ver el paisaje a través de ellas, pero incluso al mirarlas más de cerca se apreciarán sus definidos rasgos, parecerán sólidas, *vivas*. Bajo un árbol estarán las que estudian; moviéndose de un lado a otro las que juegan; sentadas sobre la hierba las que conversan con otras. Al moverse demasiado rápido emitirán un tenue resplandor que dejará tras su paso una breve estela luminosa.

La Guardiania caminará hacia el Maestro aprendiz, que continuará haciendo malabares con la niña dormida en sus brazos y el niño que trae prendido de una pierna como un perrito ansioso.

—¿Necesitas ayuda? Podrías repartir un poco de ese amor —le dice mientras abre los brazos como para recibir a la niña.

—Gracias. Quizá algún auxiliar podría ayudarme a revisar si tengo algo en la pierna derecha. ¡Ay, qué pesada la siento! ¿Qué será? ¡Creo que se me ha subido un Tomasito!

Al niño en cuestión le divertirá tanto la broma que se aferrará más al juego. Pero por fin una de los auxiliares conseguirá llevárselo con ella. La Guardiania y el maestro aprendiz los observarán perderse entre el resto de la gente y las siluetas.

—Es usted muy amable. Quisiera aprovechar para decirle que es un verdadero honor conocerla, señora. Su labor en...

La Guardiania del jardín chasqueará los labios y con un ademán le pedirá que no siga, pues le resultarán incómodos los reconocimientos por más razones que la mera modestia. Pero como no querrá que el chico se sienta menospreciado, lo tomará del brazo para que caminen juntos.

Marisela, mejor conocida como La Guardiania, nació en septiembre de 1985 en Veracruz. Fue la última de tres hijos. Su recuerdo favorito de aquella época era tender la ropa al sol junto a su madre: el aroma del jabón, el sonido de la tela al extenderla, como el de las alas de algún pájaro, y también los juegos de su mamá, que se disfrazaba de fantasma poniéndose encima una de las sábanas para asustarla. Así se olvidaban de la rutina diaria, que era pesada. Marisela y su madre cada día servían la comida y planchaban las camisas de sus hermanos, ellos las llevaban al cine cuando tenían tiempo, en las fechas especiales. Cierta noche, en casa de sus parientes, uno de los hermanos de su madre entró a la habitación en la que ella dormía. No supo muy bien qué fue lo que hizo el hombre ahí de pie junto a ella en la oscuridad, pues era demasiado pequeña para comprenderlo. Le dio la impresión de que su tío se exprimía lo que tenía entre las piernas como si fuera un trapo mojado. Tuvo miedo pero no se lo dijo nunca a nadie. Y se sintió culpable de guardar un secreto. Cuando tenía quince años ella y su mamá se mudaron solas a la ciudad de México. Marisela tuvo que conseguir un trabajo para mantenerlas, primero en una zapatería. Su jefe pronto quiso *otra cosa* con ella, se lo dijo escupiéndole en la oreja, entre la mercancía apilada en la bodega, olorosa a cuero nuevo. Renunció. En el camión de regreso a casa iba tan preocupada por lo que sería de ellas que se dio cuenta hasta muy tarde de que un hombre le había metido la mano entre las piernas. Gracias a su tío (el que había hecho *aquello* en su cuarto), comenzó a trabajar en una Gran Empresa de Telecomunicaciones. Al principio fue sencillo contestar teléfonos y apretar

botones, pero después los avances tecnológicos lo complicaron todo. Despidieron a las muchachas que no sabían utilizar las nuevas máquinas (entre ellas, a una amiga suya que también era de Veracruz, Paquita). Decidió que tomaría todos los cursos disponibles. Estudió por las noches el funcionamiento de cables y computadoras, de espejos y luces láser. Quería entender cómo funcionaba lo que la empresa llamaba “la imagen del futuro”, los hologramas. Obtuvo las notas más altas de las capacitaciones. La ascendieron de puesto. Se casó. Tuvo hijas. Su marido era “un buen hombre”, (por buen hombre quería decir que lavaba sus propios calzones y cuidaba de ella y de sus hijas si estaban enfermas y hacía de comer de vez en cuando y casi no le reprochaba que pasara mucho tiempo fuera de casa).

La Guardiania y el Maestro aprendiz observarán una escena típica: el niño correrá, jugando tocará la silueta y enseguida retirará la mano.

—Oye, ¡no hagas eso, Tomás! Todavía ni la conoces. Salúdala, dile cómo te llamas primero —el tono de la auxiliadora no será de reproche y procurará ignorar los pucheros del niño producidos por la corriente eléctrica.

El Maestro aprendiz querrá acercarse a Tomás pero La Guardiania lo retendrá.

—Seguro que esto de los toques no estaba en tu época. Lo primero que los niños suelen hacer es traspasarlas con las manos, pero al atravesar el campo, el sistema emite una corriente. Los piquetes no son muy agradables, pero son tolerables. Siempre se la piensan dos veces antes de volver a meter la manita. La instrucción en todo momento es que las traten como a personas de carne y hueso.

—De acuerdo —el Maestro aprendiz enseguida frunció el ceño, considerando un nuevo problema—. Pero ¿y si quisieran acariciarlas?

La Guardiania le dirigirá una sonrisa melancólica.

—No se puede. Es parte de la lección.

Al Maestro aprendiz le costará un poco comprender por qué. Pero al fin admitirá su lógica: los muertos no podrán nunca recibir de nuevo nuestras caricias. Ni siquiera ellas, aunque estén “de vuelta”.

Una mañana Marisela llegó al trabajo y se encontró con la noticia de que habían asesinado a Paquita en el Estado de México. Hallaron su cuerpo recién arrimado a la banqueta, como la gente hace cuando estorban los animales atropellados. Le habían hecho cosas horribles, horribles.

Paquita tenía aferradas en el puño las llaves de su casa, el lugar a donde esperaba regresar. Las había utilizado para defenderse. Que si se había metido en malos pasos, dijeron, que qué andaba haciendo sola a esas horas. ¡Pero si iba camino a su trabajo!, decía la Maestra, y si hubiera andado en “malos pasos” (*y sería a causa de ustedes, porque ustedes la corrieron*, aunque esto no lo decía) qué, ¿se lo merecía? El resto de la gente se encogía de hombros. Siguieron con lo suyo rápidamente. Pero ella ya no podía dejar de ver la ausencia de Paquita, ni los cadáveres de una y otra y otra mujer. Eran demasiadas. Y todas, a ojos de la gente decente, parecían tener la culpa de lo que les había pasado. Ni siquiera se recuperaban sus nombres en las notas de los periódicos: “Drogadicto asesina a su madre”, “Por despecho liquida a exnovia”, “Denuncia violación, la matan por argüendera”.

La clave estará en combinar las dinámicas de juego y de conversación para mantener la atención de

los niños. Los maestros se mostrarán afectuosos para transmitirles seguridad. Y aunque se mantendrán a distancia, deberán estar al alcance en todo momento.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Tomás, pero me dicen Tomasito. ¿A ti cómo te dicen?

—Me llamo Rubí Marisol, y me dicen Rubí. Qué bonitos ojos tienes, Tomás.

—Mi mamá me puso galletas para el lunch, ¿quieres?

—Me gustaría, pero no puedo comer.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no tengo un cuerpo como tú —juntó las manos frente a ella con las palmas hacia arriba y luego las deslizó una a través de la otra, traspasándolas— ¿Ves? Pero podemos platicar.

El niño se quedará perplejo. Intentará hacer lo mismo, luego querrá tocar la silueta de Rubí, pero recordará que la sensación no es agradable.

El Maestro aprendiz parecerá incomodarse con la situación. La Guardiania tratará de aliviar esa tensión.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste?

—Sí. Nunca lo olvidé. Tenía diez años. Pero traerlos a esta edad me parece peligroso. Aún no cuentan con todas las herramientas cognitivas para comprender el significado de este lugar, ya no digamos del significado de la muerte, sino de la muerte de todas ellas.

La Guardiania escuchará con atención. Mientras tanto observará las numerosas mariposas pequeñas y blancas que volarán alrededor de las siluetas, los niños, las flores. Le parecerán hermosas, pero no dejará de preguntarse si no serán, acaso, una plaga.

Un día hallaron el cuerpo de Dulce, quien para poder pagarse sus estudios de computación los fines de semana trabajaba de lunes a viernes limpiando oficinas, entre ellas, la oficina de Marisela. Las amigas de Dulce (la mayoría eran casi unas niñas: no rebasaban los quince años) comenzaron a reunirse cada martes para recordarla y también para practicar golpes, patadas, manotazos, cualquier clase de defensa que las protegiera. Los primeros días terminaban las sesiones con la cara roja, despeinadas y sudorosas, llorando juntas del puro miedo o del puro coraje. Después de un par de meses se reían un poco más, pegaban más fuerte y terminaban el entrenamiento comiendo algo dulce para reponerse. Buscaron un nombre. Les gustó Las Argüenderas, porque ésa era una palabra que usaba la gente para juzgarlas, para decirles que se conformaran, que mejor se estuvieran quietas y calladitas. Una tarde Marisela llamó a la puerta y pidió unirse al grupo. Esas muchachas le enseñaron a patear bien con todo y medias y uniforme, a dar codazos, a ser valiente y a llorar acompañada.

—¿Por qué no tienes cuerpo?

—Porque me lo quitaron. Estoy muerta.

Al detectar el silencio del niño, la silueta de Rubí emitirá respuestas más concretas.

—Eso quiere decir que no puedo comer, ni jugar, ni besar a mi mamá.

El niño mirará en derredor, como buscando alguna clave. Mirará hacia el mar y luego estudiará la apariencia de su interlocutora.

—¿Eres un fantasma?

—No. Soy un recuerdo. Como una fotografía.

—¿Como un video de los de antes?

—Sí, justo así. Tomás, ¿tienes abuelitos?

El niño ignorará la pregunta.

—¿Por qué te mataron?

—No lo sé. ¿Tú por qué crees que ocurrió?

Tomás pensará la respuesta apretando los labios, juntando las cejas.

—Porque hiciste algo malo. A lo mejor hiciste enojar mucho, mucho a alguien.

La silueta de Rubí considerará las opciones.

—Yo no tuve la culpa. Fueron ellos los que hicieron algo muy malo.

—¿Te dolió?

—Sí.

—¿Y tu mamá te curó?

—Cuando te matan, ya no te pueden curar.

Las Argüenderas hicieron un pacto: se cuidarían las unas a las otras. ¿Novios o padres golpeadores, jefes abusivos? A ver si podían con todas al mismo tiempo. Cuando una de ellas pedía ayuda, el resto acudía en tropel para que a sus agresores les quedara claro que no la dejarían sola. Crecieron hasta formar un ejército compuesto por mujeres de todas las edades que iba a donde hiciera falta su presencia. Empezaron a aparecer en las noticias, a ser tomadas en cuenta, a dar consejos.

Pasaron los años, y las amigas de Dulce, las muchachitas de preparatoria, se convirtieron en mujeres maduras que se hicieron escuchar, que pidieron justicia. La gente aprendió a mirarlas con respeto, y ese respeto se extendió lentamente hacia el resto de las mujeres como la humedad de las olas del mar alcanza la arena caliente y lejana.

Marisela también se hizo mayor. Siguió trabajando en la Gran Compañía de Telecomunicaciones, en su laboratorio de espejos y luz láser. Vio crecer a sus hijas, vio morir a su madre, siempre acompañada de sus amigas. En ella surgió un anhelo. Tenía un plan.

El Maestro aprendiz también notará las mariposas blancas, la danza impredecible de su vuelo, el aroma a flores y a sal que flotará en el jardín oeste. La Guardiania y él disfrutarán de todo aquello durante una actividad en la que los auxiliares pondrán a los niños a cantar una canción muy antigua, una música que hablará de plantar una semilla, y dejarla crecer en paz, y saber esperar para ver en qué se convertirá.

—Es probable que tengas razón —le dice La Guardiania en respuesta a su preocupación por la edad de los niños—. Y es probable que quienes decidieron traerlos desde edades más tempranas también tengan razón. Aprender que hay caminos de vida distintos, que hay alternativas a la violencia, lleva tiempo. Mejor empezar de inmediato, supongo —la maestra se encogió de hombros.

—No parece usted muy segura...

—Lo estoy. Pero es que, en un principio, el objetivo de este lugar era otro.

El plan de Marisela consistía en obtener recursos para construir el memorial holográfico que ella diseñó junto a las Argüenderas y otras organizaciones que llevaban un registro confiable de las víctimas. Cada una de las mujeres asesinadas, con su cuerpo y sus nombres, serían replicadas en un

holograma tridimensional utilizando testimonios y materiales proporcionados por sus familiares, amigos y, sobre todo, la información recuperada de sus cuentas personales de correo electrónico y redes sociales: fotografías, videos, cartas, conversaciones... todo sería útil para recrear de la forma más precisa sus voces, sus movimientos, sus reacciones; para, de alguna forma, *traerlas de nuevo a la vida*. Si conseguían el dinero suficiente podrían usar la tecnología más avanzada que permitiría montar el sistema al aire libre, en la naturaleza. Quizá en un jardín junto al mar. Tendría que ser un lugar bello, lo más cercano a un paraíso que pudieran darles a ellas y a sus familias para recordarlas vivas y felices.

El Maestro aprendiz imaginará el memorial apacible que alguna vez fue este jardín. Apreciará el idílico escenario con sus árboles y su playa, el deambular pacífico de las siluetas.

—El lugar es tan bonito como lo recordaba. Hay más árboles, claro, ya crecieron los que nosotros plantamos. Está todo muy bien conservado.

—Es verdad —responde orgullosa La Guardiania—. Aunque no sé qué es más asombroso: que siga conservando su belleza o que la siga conservando aunque esté *en México*.

El Maestro aprendiz reirá más debido a la gracia con que ella dice estas cosas que por el chiste en sí: no considerará inverosímil que en México pueda conservarse cualquier cosa en buen estado. Entre la generación de ella y la del maestro aprendiz habrá un abismo.

—Para usted debe ser muy sorprendente cómo ha cambiado el país. Lo ha visto todo.

—Bueno, tengo 94 años. Si no me hubiera tocado ver todo, pediría que me regresaran lo que me costó el boleto de entrada.

—Imagino que esa época debió ser terrible.

—Sí, lo fue.

Hubo un tiempo en que nadie las llamaba *siluetas*. Sus familias iban a visitarlas y se sentían casi felices. La maestra vio cumplido el anhelo de Las Argüenderas cuando las madres y los padres, y las hermanas y hermanos, y sus amistades, las veían dentro del jardín, *vivas*, sonrientes. Sentían esa dicha que la justicia no les había podido dar. Como es natural, muchas familias desaparecieron con el paso de los años, arrastradas por el río de la vida, de los quehaceres, los afectos. Pero algunas no volverían porque el jardín no les compensaba de ninguna manera. “No son ellas”, decían.

El problema es que Marisela había sido ilusa: no era posible recuperarlo todo. De algunas apenas tenían el nombre, una fotografía borrosa. De otras sólo había huesos. De las que habían dejado un amplio testimonio de su paso por el mundo se obtuvieron réplicas holográficas casi perfectas, precisas, pero aun así: la vida es una trama única, un hilo dentro del gran tapiz, y si se rompe, no será el mismo hilo el que lo reemplace. No es posible remendar la carne, la sangre, el aliento, el aprendizaje, los deseos. El futuro.

Cuando quedaban pocas familias, el Estado decidió que el memorial debía cumplir una función adicional para ganarse el derecho a permanecer. Serviría como un espacio didáctico en contra de la violencia. La población más joven acudiría, obligatoriamente, a aprender la historia de las asesinadas de México con la finalidad de que no se repitiera nunca. La maestra comprendía la intención de este cambio, es más: como parte de las Argüenderas, la creía necesaria. Pero aborrecía sentir que las utilizaban. Se negó a reprogramarlas, a convertirlas en un capítulo de los libros de texto. Lloró y peleó por mantenerlas intactas.

Al final tuvo que hacerlo para que no desapareciera su memoria. Desde entonces las siluetas tendrían que repetir a los niños, una y otra vez, que estaban muertas.

—El país salió adelante gracias a gente como usted, gente que nunca se cansó de exigir justicia. La Guardianiana hará otro ademán incrédulo.

—No hay mérito en eso. Era lo único que nos quedaba. Tanto horror nos dejó sin propósito, sin sentido. Conservar la memoria era la única salida.

—Por lo menos las muertes de todas estas mujeres sirvieron para algo.

Aferrada a su bastón, la Guardianiana se girará bruscamente para responder.

—¿*Sirvieron para algo?* ¿Para qué? ¿Para enseñarnos que somos un horror? Eso ya lo sabíamos. Una cosa es dar la vida voluntariamente por una causa y otra cosa es que te maten así. ¿Qué te gustaría más a ti? ¿Que tu vida haya servido “para algo” o haber podido vivir? Morder una manzana, oler la lluvia sobre la tierra, conocer el mar. No sé. Conforme me hago más vieja pienso que la trascendencia está sobrevalorada. Es un consuelo de tontos, un consuelo para los vivos, pero no para los muertos. Si de verdad pudieran hablar ellas (*ellas*, no sus siluetas), ¿qué nos dirían? “Oigan, qué bueno que mi muerte les sirvió de algo, pero yo no me quería morir”. Esto —dijo ella extendiendo los brazos y el bastón, como tratando de abarcar todo el jardín— no es suficiente. ¿Cómo reparar el daño? ¿Puedes imaginar que alguna vez se les apiló en una torre de cuerpos anónimos? ¿Puedes creer que a ellas se les culpaba de su propia muerte? Nadie puede imaginar el dolor que experimentaron en sus últimos momentos, y ustedes, los jóvenes, no conocen el horror de saber que quienes hacían esto no eran monstruos, no era Jack el Destripador: eran sus compañeros de la escuela, sus novios, sus familiares, el taxista simpático que te hizo la charla ayer, el policía de la esquina. Era el mundo, un entorno que nos hacía reinas de belleza mientras nos pateaba las costillas, y nos llamaba locas si nos quejábamos. Así de horrible era.

El Maestro aprendiz escuchará la reprimenda sin verla a la cara. Mirará a los niños, que seguirán abriendo hoyos en la tierra, cantando la vieja canción de la siembra.

—Perdóname, es verdad. Claro que no murieron en vano. —La Guardianiana dio un largo suspiro antes de continuar—. La indignación que nos causó perderlas fue el inicio de todo. Nos levantamos, repetimos sus nombres en las calles, conseguimos cambiar el rumbo. Ellas fueron el viento que impulsó la vela de este barco, de nuestro futuro. Simplemente quisiera que hubiésemos aprendido antes la lección, que todas ellas pudieran haber vivido. Que hubieran tenido, al menos, la posibilidad de hacer eso que soñaban.

El maestro aprendiz la mirará a los ojos y asentirá respetuosamente. Notará que varias siluetas escuchan a los niños que cantan e incluso les aplauden; otras siguen realizando mecánicamente sus asuntos, un tanto ajenas al tiempo presente, atrapadas en la programación de las tareas que ellas decidieron para sí mismas tiempo atrás, cuando estaban vivas y confesaban, en los numerosos espacios de la vida en línea, qué les gustaba, a qué se dedicaban, o qué deseaban para el futuro. Hurgará en su memoria:

—¿Sabes qué quiero hacer? Estudiar para ingeniera —le había dicho Mariana Elizabeth cuando él era un niño de diez años (nunca olvidó su nombre).

—No sé muy bien qué es eso.

—Alguien que construye cosas, como puentes o máquinas.

—Si estudias, dice mi mamá que cuando seas grande vas a poder ser lo que tú quieras.

—Yo ya no voy a ser grande porque estoy muerta. Pero cómo me gustaría...

La canción de las semillas terminará. A los niños se les pedirá recogerlo todo y despedirse. Reaccionarán de diversas maneras. Algunos se pondrán a llorar, otros dirán adiós con gesto indiferente. Un par de niñas querrán que las siluetas se queden con sus dibujos.

El Maestro aprendiz habrá de acercarse a Tomás porque percibirá su confusión: estará ahí, mirando a la nada. Antes de que dé un paso, el niño rodeará a la silueta con los brazos, al no palpar nada, se abrazará a sí mismo dentro de la silueta luminosa de Rubí.

—Te quiero abrazar porque es muy feo que te hayan matado. Te quiero abrazar porque te dolió y te dejaron solita.

Tomasito sentirá las descargas eléctricas en todo su cuerpo y las resistirá hasta que el Maestro aprendiz lo tome de la mano, lo separe de Rubí.

A las seis de la tarde el sol comenzará a ocultarse en el jardín oeste. Las visitas tendrán que irse justo antes de que llegue la oscuridad, que embellecerá aún más a las siluetas. Sus luminosos colores resaltarán, pulidos y claros, frente al cielo nocturno. Ellas y los niños se dirán adiós con la mano, y para La Guardiania todo tendrá la apariencia de una película de las de antes, donde todo era feliz y la gente en el muelle despedía al barco que zarpaba, y había música y serpentinas.

Los auxiliares se encargarán de que todo quede limpio y en orden antes de marcharse. Marisela, que insistirá hasta el fin de sus días ser quien salga al último cada jornada (por algo la apodaron La Guardiania), se quedará deambulando en el jardín según su costumbre, haciendo sonar su bastón en los senderos de piedra, recargándose de cuando en cuando en algún árbol.

Con la llave magnética que lleva en el pecho asegurará las puertas de latón que separan la sala de control del jardín. Las siluetas dormirán frente al mar, recostadas de lado, la boca entreabierta, las manos bajo el mentón o sobre el regazo, una bonita ilusión que se le ocurrió al realizar alguna de las actualizaciones del sistema, una imagen que día a día le permite detener los motores sin sentir que las desenchufa, que las borra, que el mundo una vez más se queda sin ellas. Así, simplemente, será como si les apagara la luz para que duerman después de contarles un cuento. ¡Ay, si la vida le diera para terminar el programa que las hará soñar! Pero tanto Marisela como las Argüenderas ya están muy viejas, y aún queda mucho por detallar. Otras más tendrán que terminarlo y arriesgarse a ponerlo en marcha. Durante el día ellas serán próceres, siluetas, recuerdos, dirán que están muertas, pero las noches serán suyas. Construirán lo que les quitaron. Soñarán en el jardín con su futuro.

Marisela las mirará dormir. Y luego presionará el botón. Las siluetas se empequeñecerán hasta convertirse en minúsculos puntos de luz que se confundirán con las estrellas que penden sobre el mar. Después de un rato todo quedará oscuro sin ellas.

—Descansen, niñas mías —murmurará La Guardiania—. Descansen.

Summertime

Atenea Cruz

So hush, little baby, don't you cry.

GEORGE GERSHWIN

Todos tenemos razones para odiar la lluvia, ella poseía dos y eran más que suficientes. La primera, un recuerdo de la infancia: su carita redonda, con chapetes, atisbando a través de la tela mosquitera de la ventana. Los ojos lánguidos extendidos más allá de la reja negra que separaba el jardín de la calle, prohibida debido a su condición enfermiza.

El agua caía del cielo, insoportablemente suave y eterna. El pavimento irregular convertía la calle en un arroyo cuyo cauce desembocaba en un lago a la vuelta de la esquina. Si tenía suerte, tal vez mamá la dejaría salir un momento, antes de la noche. Esta esperanza la instaba a fabricar decenas de barquitos de papel que se hundían en la pila del lavadero a la primera intentona de surcar el agua. El verano era un continuo de lluvia que humedecía los cimientos de su casa y la iba cubriendo poco a poco de grietas.

Después venía el otoño: el viento que arrastraba las hojas y resucitaba las alergias primaverales. Con todo, el invierno era la peor época del año: a pesar de la alegría contenida en los aguinaldos, las luces de bengala, el vapor de la canela hervida que le provocaba escozor en la nariz, el regalo escogido por ella misma en un supermercado para que un par de semanas después el Niño Dios viniera a dejarlo bajo el árbol de Navidad; a pesar de todo ello y sin nevada de por medio, los bronquios siempre le jugaban a traición. Penicilina de 800'000 unidades inyectada cada doce horas, ácido acetilsalicílico soluble cada ocho. Reposo, abrigo, que la niña tome muchos líquidos, en especial calientes. De pequeña nunca le tuvo miedo al doctor, al contrario, ir a consulta era una especie de ritual necesario para mantenerse viva y, con el paso del tiempo, para conseguir atención y un sucedáneo del afecto.

Los hijos de los vecinos fueron simples extraños: niños de malas costumbres y peor vocabulario. La calle era la condensación de todo peligro existente: automóviles, robachicos, perros feroces, raspones en las rodillas que devenían tétanos. La lluvia apaciguaba las amenazas cotidianas, es cierto, pero también hacía las veces de cortina de acero que le cerraba el paso a una felicidad sólo conocida a través de la opacidad del mosquitero.

La segunda razón de aquel odio acuoso era su padre. La historia era sencilla, podría decirse que hasta vulgar: un hombre y una mujer se conocen, se enamoran, son felices. Al poco tiempo ella descubre que él es casado, se separan. La hija es un efecto colateral en medio de la debacle. La mujer decide guardar silencio ante las posibles preguntas. La niña crece contemplando un enigma cada que se para frente al espejo.

Mientras tanto, él insiste en visitar a la mujer de cuando en cuando: llega sin avisar, habla con la pequeña como quien platica en una sala de espera, a veces trae regalos. Es muy, muy alto, tanto que su cabeza casi toca el marco de la puerta; sin embargo es débil: requiere vitaminas inyectadas que la mujer le aplica con diligencia, encerrados en la recámara principal de la casa. A solas, la niña inventa juegos de los que se aburre al cabo de un rato, pega la oreja a la puerta de madera cuya perilla tiene echado el seguro. El amor más grande, así como el odio, se construye sobre el silencio, esto lo aprende en cada ocasión que el hombre y la mujer salen del cuarto, luminosos. Siente celos

de ese rumor como de arroyo en que torna la risa de su madre. Tras la despedida se presenta la lluvia, gris e invariable.

Años después, la niña va descubriendo a lo largo y ancho de su cuerpo ciertos rasgos de aquel hombre que hace mucho dejó de visitar la casa. Guarda silencio: los ojos de su madre han mudado en pozos secos que lo explican todo. Una tarde él reaparece. Siente el rencor trepando su garganta, pero un hilo de sangre la jala hasta el abrazo. Él sonríe. Ella observa con azoro los cabellos canosos. No es tan alto como lo recordaba.

Toman asiento en la sala, pareciera que no han pasado más de quince años. Si él no lo sabe, quién podría saberlo. Por fin, ella se anima a confrontarlo. La madre suelta carcajadas amargas ante el desconcierto avejentado del hombre: «Así es ella, yo le enseñé a ser franca», dice. Lo cual resulta irónico, piensa la hija, dado que no predicó con el ejemplo. El hombre titubea, mira su reloj de pulso, dice que tiene algo de prisa, que volverá mañana.

Siete años más tarde, ya casada, ella lo ve de lejos, en la calle. Aunque se las ingenia para provocar el cruce, él no la reconoce. La lluvia del verano se encarga una vez más de ahogar la memoria y encubrir el vacío.

El problema del ápeiron

Arturo Vallejo

El día en que decidió salir de casa, después de pasar semanas encerrada, ella tenía tres cosas bien claras.

La primera era que siempre había sido una mujer profundamente infeliz; aunque parezca exagerado decirlo, nadie conocía su risa. Si le preguntaran, contestaría que hubo poco en su niñez y adolescencia digno de contarse: fue una estudiante regular; no tuvo novios o amantes o algo parecido que marcara su vida; como nunca las buscaba, también fue perdiendo a las pocas amigas que llegó a tener. Fuera de eso, seguramente sólo mencionaría que en esa época le apareció una neurodermatitis circunscrita que le llenó las manos primero, y el pecho después, de pequeñas erupciones que nunca pudo controlar del todo.

Creció y eventualmente conoció a un hombre con el cual se casó. Ella se encargó de buscar casa y no le costó trabajo encontrar una en la zona metropolitana. El suburbio se había ido vaciando desde que una bomba estallara por ahí, ahuyentando a los vecinos. El ataque había sido dirigido a un laboratorio de biotecnología cercano y nunca se supo quién había sido el culpable. Ella regateó el precio, llegó a un acuerdo rápido y la semana antes de la boda ya estaban instalados. El matrimonio se disolvió poco después, sin dejar tampoco nada digno de recordar.

Al día siguiente de que él se fue, ella se levantó temprano y se metió a la cocina a preparar café. Se sentó y observó que los mosaicos de la pared estaban llenos de manchas. Sacó de debajo del fregadero un estropajo y líquido limpiador, se puso unos guantes de plástico y comenzó a frotar. Talló y talló hasta cansarse, pero la suciedad no se iba. Intentó con vinagre y con agua hirviendo, también con lejía. Nada resultó. Para cuando se dio por vencida ya se había hecho tarde, así que se sentó de nuevo y suspiró. Tiró el café que se había quedado frío sobre la mesa y se preparó una nueva jarra. Encendió un cigarro. Mientras daba un sorbo se puso a encontrar forma a las manchas: ahí veía un perro, ahí un elefante, ahí una amiba, ahí una mancha. Dio una fumada y se dijo: desde ahora estaré sola.

Vivía de enseñar en una secundaria. Cumplía sus deberes sin placer, pero con eficiencia. Cada mañana el salón de clases se le figuraba un carnaval, más bien un *love parade*, a causa de las playeras multicolores que usaban sus alumnos: rojo brillante, naranja intenso, verde neón, azul eléctrico. Algunas promocionaban grupos de música y sus tocadas, otras videojuegos o caricaturas, algunas más, no podían faltar, traían imágenes en el frente o por detrás de esa pequeñísima y primordial molécula, la estructura fundamental de la vida.

Sus alumnos le tenían respeto, esto lo sabía, y hasta miedo, pero no la querían.

Las mañanas se le iban en dar clases. Cuando terminaba, lo único que deseaba era encerrarse. Pasaba sus tardes frente a noticieros, programas familiares, infomerciales, programas de debate, concursos, telenovelas, telenovelas infantiles y así siempre. Los fines de semana ni siquiera se levantaba de la cama. Había días enteros durante los cuales no le dirigía la palabra a nadie. La colitis que desarrolló entonces a veces le molestaba al sentarse. Las várices le dolían cuando estaba de pie.

Conoció el internet y se olvidó de la pantalla de televisión, la cambió por el monitor de la computadora. Al poco tiempo ya estaba enterada de lo que pasaba hasta en los lugares más lejanos e insignificantes:

Un terremoto devastador en Anguila.

Una epidemia letal en Abjasia.

Cortes de energía masivos en Transnistria.

La fatiga crónica le hacía cada vez más pesado levantarse. Viajar de casa al colegio le tomaba tres horas cada día, entre ir y volver. Los dolores musculares aumentaban una vez a la semana, cuando iba al supermercado, pagaba las cuentas, completaba trámites. Otro día más pasaba toda la tarde en la escuela asistiendo a juntas. Para completar estaba el club de tareas: dos veces a la semana la hacía de nana con aquellos niños que no podían ser recogidos a tiempo al terminar clases. Cuando eso sucedía, se la pasaba mirando el reloj, esperando la hora de partir; el minuterero y el segundero eran lo único en lo que se podía concentrar.

Un día de clase comenzó, sin saber cómo, a contarle a sus alumnos la historia de Nuévalos, la había leído hacía apenas unas semanas en la red. Un grupo escolar regresaba de una excursión. Al autobús en el que viajaban se le trabó el acelerador mientras cruzaba unas vías ferroviarias, el conductor no pudo hacer nada para avanzar. La máquina del tren destrozó el vehículo y mató a treinta niños, además del profesor. El conductor, según los reportes, había logrado salir con vida del accidente. Días más tarde lo habían encontrado ahorcado en una pensión: la culpa del sobreviviente había sido demasiada para él.

Los alumnos le pusieron atención como nunca, ella se picó y abundó en detalles. Les describió, por ejemplo, los dedos amputados, la sangre regada, las cabezas solitarias; sus antiguos dueños habían sido niños como ellos cuyas vidas habían terminado para siempre. Cuando acabó su relato, el silencio del salón era espeso.

Sus alumnos salieron emocionados, querían saber más, ella hacía mucho que no sentía tanta energía. No le duró: dos días después la directora la mandó llamar a su oficina para reprenderla. Varios padres de familia habían llamado quejándose: sus hijos tenían pesadillas terribles y no hablaban de otra cosa que no fueran traumatismos y vísceras. En adelante, le dijo, te apegarás al plan de estudios cuando des tu clase.

Esa tarde al regresar a casa se tumbó en la cama. No se movió de ahí durante un buen rato. Parpadeó mirando el techo, la vista le jugaba chueco: veía manchas, sombras dinámicas. Comenzó a encontrar en ellas edificios destrozados, olas gigantes, aviones desplomándose. Lo que siguió fue un dolor de cabeza terrible. La época de migrañas había comenzado.

A partir de entonces se dejó ir por completo. Antes tener teléfono era puro formalismo, pero después de ese momento dejó de pagar la cuenta y le cortaron el servicio. Igual pasó con el cable y con el gas. Sólo se mantuvo al día con los pagos de luz e internet. Tantos años de austeridad habían producido buenos ahorros, así que pidió licencia en la escuela. Comía poco y dormía todavía menos. Desde entonces salía de su cuarto solamente de vez en cuando, como un zombi que a veces se pasea por los pasillos y gruñe cualquier cosa.

Un día se animó por fin, casi tuvo que arrastrarse, a encender su computadora de nuevo y abrió su correo: ahí estaba. Entre el spam, junto con un montón de anuncios que ofrecían sustitutos de viagra y anuncios para agrandarle el pene, encontró una invitación. El eslogan le pareció irresistible. *Tan único como tú*, decía. Mostraba la cadena helicoidal que se había vuelto tan común de ver por las calles: moños, listones, retratos, logos, esculturas, arquitectura estructural, tuberías, pulseras, relojes, anillos y cadenas inspiradas en ese polímero con forma de escalera. *El misterio último de la existencia*, remataba el correo.

La historia la conocía bien, igual que la sabía todo el mundo. Después de Watson y Crick, eventualmente fue posible hacer copias de personas. Muchos intentaron orientarlo, limitarlo, incluso prohibirlo: los radicales de derecha protestaron porque ofendía a su dios, los radicales de izquierda porque iba contra sus derechos humanos. Hubo protestas y atentados por toda la ciudad. Duplicar el programa genético de una persona es una afrenta a la individualidad, opinaban algunos, un proceso como éste sólo podrá engendrar seres dañados psicológica, moral y socialmente. La reproducción por clonación, decían otros, terminará con la mezcla genética que hace posible la evolución de las especies, un proceso como éste dañará la diversidad de la reserva genética. Para algunos más, clonar simplemente iba contra la naturaleza. Para desarmar cualquiera de estos argumentos había buenas pruebas, sin embargo, al final la Ley de Clonación Humana no se aprobó.

Y los que ganaron, pensó ella frente a su computadora, fueron los inadaptados.

Todo había sucedido en chiquito: avisos en revistas de segunda, propagandas pegadas en teléfonos públicos, volantes en la calle, carteles en el metro, rumores pasados de boca en boca en grupos de autoayuda, para solitarios, alcohólicos, adictos, neuróticos y, por supuesto, el internet. Poco a poco los inadaptados fueron creciendo en número porque, literalmente, se multiplicaban. Gente que no tenía miedo de ir a un dispensario clandestino a hacerse un clon, los que querían tener sexo con un doble exacto de sí mismos, los que combatirían la soledad llenando su casa de gente. No había un organismo que regulara nada: pequeñas clínicas clandestinas aparecían como hongos, se multiplicaban y ofrecían sus servicios clonatorios a bajo precio antes de desaparecer sin dejar rastro legal. En algunas de ellas se lo hacían gratis a quien aceptara participar en estudios experimentales.

Cuando ella terminó de leer la invitación se fue directo al espejo. Su cuerpo era otro: tenía la piel sudorosa y ya comenzaba a colgar, perdía hierro, padecía un montón de desordenes hormonales. Estrés. Se levantó como estaba y bajó las escaleras. Se detuvo en el descanso; pasó los dedos por una mancha en el tapiz y la comparó con la primera mancha hepática que le había aparecido en el dorso de la mano. Vio en ella primero una célula, un nucléolo. Después un embrión. Y el útero. Eran tan pequeñitos, pensó antes de abrir la puerta para salir de su casa.

La segunda cosa que tenía clara era que desde ese momento sería doblemente infeliz. La tercera que, por lo menos en teoría, no habría límite para el número de copias que se pudieran hacer. Podría observar el ciclo de nuevo, una y otra vez: frente a ella se extendían pequeñas nubes de posibilidades.

El barrio gris

Andrea Chapela

Decidimos estrenar los tacones negros, idénticos los tuyos a los míos, en honor a la aventura inminente. Para el momento en que llegamos a la Estación del Norte, en la que nunca habíamos estado, nuestros pies —acostumbrados a viajar en coche— punzaban. Tomadas del brazo, en espera del metro, ignorábamos el viento frío del invierno, que insistía en arremolinársenos entre los tobillos y recordarnos la idea ridícula de no usar medias en diciembre. Sin embargo, estábamos por encima de algo como el clima porque esa noche, después de mentirles a mis padres al decir que dormiría en tu casa, mientras tú decías que pasarías la noche conmigo, sólo nos separaban del centro de la ciudad cuarenta minutos.

La idea de fiestear en el centro fue tuya, por supuesto. En el último año del colegio estabas harta de esperar que la vida comenzara. Fuiste tú también la que reconoció las posibilidades en la confianza de nuestros padres, que nos veían como niñas buenas, con excelentes calificaciones, de colegio privado, bien educadas, promovidas ya a la mesa de los adultos en las comidas familiares, pero sobre todo de buena cabeza, que se sabían de memoria los riesgos del centro de la ciudad, tomado por el barrio gris y su promesa de sueños ajenos, embotellados para la venta.

Al esperar el metro, esa buena cabeza me hizo reconsiderar por cuarta vez esa noche nuestros planes, pero tú ni siquiera me dejaste entretener el pensamiento. Con los brazos entrelazados nos montamos en el primer vagón que se nos cruzó y nos quedamos paradas, ignorando los asientos y el dolor de pies. Apenas se detuvo en la siguiente estación, me hiciste una seña con la cabeza y de reojo vi a un chico que nos observaba. Me lanzaste una sonrisa conspiratoria. Te conocía lo suficiente —no hay recuerdo en mi infancia que no te pertenezca— para saber que te complacían las miradas, que las habías esperado desde el probador al imaginarnos transformadas.

Nos veíamos bien. Después de ahorrar por meses, en secreto habíamos comprado aquellos vestidos en el tono más a la moda de azul —el mío— y rojo —el tuyo—, que apenas nos cubrían los muslos. Para ti los vestidos cumplían la misma función que el maquillaje y los tacones, de invitar miradas y admitirnos en ese mundo de adultos que nos esperaba después del colegio, en pocos meses.

—Deja de jalarte el vestido —me regañaste en la cuarta parada.

Desprendí los dedos del dobladillo. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo hacía. Tú entendiste mi nerviosismo porque —me gusta pensar— lo sentías también. En esa época no había cabida para emociones que no sintiéramos al mismo tiempo.

—No dejes de pensar en todo lo que puede salir mal.

En seguida te diste a la tarea de entretenerme. Llevaste la conversación hacia los nombres que habíamos elegido para esa noche; me recordaste las historias que nos habíamos inventado para la fiesta. Seríamos dos estudiantes de la universidad, recién entradas e indecisas sobre nuestra carrera, porque no querías que nos comprometiera nada. Habías consultado las materias generales del primer año, para darnos una idea de qué podía ser creíble. Cálculo estaba más difícil de lo que habíamos esperado, aunque en el colegio se nos habían dado los números, pero literatura nos encantaba. La clase de problemas nacionales contemporáneos nos sorprendía. Tantas nuevas perspectivas sobre el barrio gris y sus desaparecidos, apenas sabíamos qué pensar.

Nos repetimos los nombres de los autores ya leídos y de los lugares populares alrededor de la universidad pública que tú te sabías de memoria porque no podías esperar estudiar allí y salir del barrio seguro donde nos criaron.

No pensábamos en las discusiones con nuestros padres sobre estudiar en el extranjero, incompatibles con vivir en el centro de la capital, amenazado continuamente por el barrio gris. El metro salió a la superficie mientras hablábamos del departamento que compartiríamos cerca de la Estación Central, de la que nos separaban todavía diez estaciones.

Nos callamos para que nuestros ojos pudieran concentrarse en las luces y formas oscuras de árboles y edificios que pasaban demasiado rápido como para enfocarlos con claridad. Reconocimos la diferencia en la zona que nos recibía. Los edificios eran más altos, estaban más juntos, no dejaban espacio para la respiración, para parques o para una vida que no estuviera apretada entre el concreto y otras vidas.

Al bajar del metro, sacaste el mapa para llegar a la fiesta. Nunca supe quién te dibujó aquellas indicaciones en una servilleta, ni siquiera de dónde habías sacado la idea, sólo que un día semanas atrás te había llegado la obsesión. Enlazadas, yo dispuesta a imitar tu confianza para no flaquear, cruzamos la Estación Central.

Los cuerpos que huían del frío nos lanzaron a la calle, nos empujaron fuera de la estación hacia la música de los bares, una canción más fuerte que la anterior. Nos bamboleamos juntas por la calle principal apretada con el olor a ciudad entre comida frita, alcantarilla y humanidad, con los faros rojos y amarillos de los coches, las luces fluorescentes que no permitían la completa entrada de la noche y con el ruido de cláxones, de llantas, de ciudad. Yo perdí el equilibrio, pero tu brazo me estabilizó y me guió mientras serpenteábamos hacia la profundidad del centro, que hasta ese momento sólo habíamos conocido de día, a través de las ventanas tintadas de un coche.

Había una sobresaturación en el ambiente, una palpable prisa en el movimiento de las personas, que parecían de repente cerrarnos el paso, como si fueran una barrera más antes de llegar a nuestro destino. Tú lidiaste con ello apretando el paso, mientras que yo, asaltada de pronto por el terror de lo que hacíamos, no dejé de repetirme, como mantra, las señales para distinguir la aparición del barrio gris. Te detuviste en un semáforo. Te pregunté si no preferías que regresáramos y lanzaste una carcajada. ¿Después de que habíamos llegado tan lejos? Lo mínimo que podíamos hacer era llegar hasta el final.

—No te vas a arrepentir ahora, ¿o sí?

Negué y volví a mi repetición, memorizada desde la infancia: primero las luces, después el asfalto, para cuando las construcciones se transforman ya es muy tarde y estás a la mitad del barrio gris. Así que me fijaba en las luces de los faroles a nuestro alrededor para asegurarme de que las sombras no comenzaban a mezclarse, que las zonas iluminadas estaban delimitadas y no se difuminaban con la oscuridad. Tú apuraste el paso y nos arrastraste lejos de la calle principal hacia las calles aledañas, más silenciosas y vacías.

La falta de ruido me chocó enseguida y advertí que habíamos dejado de hablar. Nos detuvimos en otro semáforo. Noté que mirabas alrededor, veías los números y el nombre de la calle con detenimiento, con el ceño fruncido, arrugabas la nariz y volvías a consultar el mapa.

—¿Nos perdimos?

Me miraste con enfado, pero admitiste que debimos dar una vuelta mal. Te propuse que cruzáramos la esquina hasta la siguiente calle, pues había una tienda en donde seguro podíamos

preguntar. Yo sabía que odiabas admitir cuando te equivocabas, pero el frío probablemente te hizo aceptar. Entramos a la tienda y el calor me arropó, no me había percatado de que ya no sentía las orejas.

Ellos nos notaron primero, pero tú te diste cuenta de sus miradas antes que yo. No sé si cruzaste una sonrisa con el chico de cabello verde, pero un segundo estabas a mi lado junto a la puerta y el siguiente ya caminabas, con pasos decididos y un vaivén de cadera que yo no podía imitar, hacia los dos muchachos en fila frente a la caja, claramente mayores que nosotras. No había nada especial en ellos, fuera del cabello verde de aquel con el que hablaste primero. Nada que pudiera prevenirnos.

Me quedé junto a la puerta, sin saber qué hacer bajo las nuevas miradas y las luces blancas de la tienda, que me devolvían la conciencia del frío, la incomodidad de los zapatos, el dolor de pies y la locura en la que estábamos metidas. Detuve mis manos antes de jalarme el vestido. No sé cuánto tiempo pasé clavada entre la puerta y la tienda, probablemente apenas unos minutos, antes de que tú te percataras de mi ausencia y me llamaras para que me uniera. Caminé lentamente y evité los ojos de todo el grupo, fijándome en tus zapatos. Apenas me dirigiste una mirada cuando me detuve a tu lado.

—Ellos también van a la fiesta.

Fruncí el ceño. Quise decirte que tal vez eso era demasiado conveniente, pero me calló tu semblante. Me pedías con la mirada que no te arruinara aquella oportunidad. En una torpeza de mi parte levanté la cabeza para toparme con el chico de cabello verde, que me observaba como si analizara mi reacción. Una sonrisa tuya a mi lado lo distrajo y me encontré de nuevo libre del escrutinio. Ellos pagaron unos cigarros y un refresco. Los seguiste afuera, llevándome contigo del brazo. Yo arrastraba los pies.

Avanzamos de nuevo, ahora hacia el norte. Tú no te callabas. Nos presentaste, no con nuestros verdaderos nombres, sino con los que habíamos acordado en el metro, en un tiempo que se sentía como días y no horas atrás. No recuerdo los nombres de ellos, porque estaba más preocupada por estar en guardia. Les contaste toda la historia que habíamos preparado y ellos respondieron con las preguntas esperadas: ¿qué edad teníamos? ¿Dónde estudiábamos? ¿Qué estudiábamos? Qué interesante, ¿conocíamos el café, el libro, la profesora...? Yo caminaba detrás silenciada por una doble preocupación. No sé aún hoy si le temía más al chico de cabello verde y su amigo o al barrio gris.

Un par de cuadras más adelante, aminoramos el paso. Nos detuvimos frente a un callejón diminuto entre dos edificios altos —para ver dónde terminaban, tenía que arquear la cabeza—, oscurecidos, con algunas ventanas rotas, y las puertas selladas con gruesos tablones de madera. El amigo se perdió en el callejón y nosotros nos quedamos en la calle, esperándolo. Me tomaste de la mano —notaste que temblaba— y yo te lancé una mirada de hasta aquí llegamos, seguro que nos matan. Tu sonrisa divertida me hizo pensar que no habías entendido mi mensaje. Continuaste tu conversación con el chico del cabello verde en la que pretendías que conocíamos lugares en los que jamás habíamos estado. Cuando me dirigió una pregunta, lo miré como si tuviera dos cabezas, no directamente a los ojos, probablemente con una cara de susto que lo hizo lanzar una carcajada y te hizo a ti arrugar la nariz. Su amigo salió del edificio.

—¿Había? —preguntó el chico del cabello verde.

Afirmó y le alcanzó una bolsa café que desapareció en algún bolsillo de su chaqueta, pero yo te vi seguirla con la mirada. En la siguiente esquina, le pediste que te la mostrara, como si fuéramos

capaces de juzgar lo que habían conseguido. Miraste el interior. Lanzaste una exclamación de aprobación.

—Te dije que eran de buena calidad —dijo el amigo.

Me alcanzaron la bolsa antes de que tú pudieras detenerlos. Espié el interior, más por compromiso que por curiosidad. Al principio no entendí. Mi primer pensamiento fue lo extrañas que se veían esas bolas de billar miniatura. El amigo debió interpretar mi confusión como desaprobación porque me hizo dar un paso hacia la luz para que viera mejor. La imagen duró un momento antes de que tú tomaras la bolsa y la devolvieras al interior de la chaqueta. Te removiste nerviosa bajo mi mirada. Supe enseguida que habías esperado, deseado incluso, aquel encuentro.

La imagen permanece aún hoy en mi memoria. En el fondo de la bolsa de papel había tres esferas de vidrio, llenas de un humo plateado que se arremolinaba más pesado, más corpóreo de lo que debía, algo entre un gas y líquido, cuyas ondulaciones oscuras se movían bajo la luz con destellos metálicos.

Te tomé del brazo para detenerte y miraste alrededor con cansancio.

—Ni lo digas.

Tu voz era apenas un murmullo. Le lanzaste una mirada al chico del cabello verde para que continuara y luego una sonrisa. Probablemente, no querías que pensara que nunca antes habíamos visto esferas de sueños.

—¿Vamos al barrio gris? —abriste la boca pero no te permití que me mintieras—. No me tomes por tonta. Tú y yo sabemos que la mejor experiencia de una esfera de sueños es en el barrio gris. ¿Sabes en lo que nos estás metiendo?

Mis preguntas se me resbalaron de la boca más angustiadas y agudas de lo que esperaba.

—No te pongas así —otra mirada hacia la esquina donde nos esperaban—. Sabes que una vez no pasa nada. No hay pruebas que causen adicción la primera vez.

—¿Te estás escuchando? El problema nunca ha sido la adicción. Un sueño por un recuerdo. Tú lo sabes. ¿No te da eso terror?

—No seas pesada. Es sólo un recuerdo. No te creo que no te dé curiosidad. Obvio te has preguntado cómo se siente. ¿Te imaginas lo que podremos contar si terminamos en el barrio gris? ¿No quieres saber?

El tono de tu voz me heló como no había logrado hacerlo el clima.

—No.

.
.

—¿Todo bien?

Su voz nos interrumpió. Me lanzaste una mirada enfadada antes de voltear a ver al chico del cabello verde, que se acercaba de nuevo.

—Sí —le dijiste—. Sólo que se le olvidó el teléfono. Igual se regresa a casa por él.

No dije nada, mientras te permitía mentir y cortar nuestra discusión. Me estabas dando una salida que no te haría quedar mal; podía tomarla si quería.

—No queda muy lejos y ni va a servir. Es más, tal vez en una cuadra ya llegamos.

Se volteó. Te volteaste y yo los seguí. No tuve tiempo de meditar la situación porque media cuadra más tarde sentí el cambio. Había dejado de fijarme en las luces y la pérdida de rigidez en el suelo me agarró por sorpresa. De pronto, sentí que mi tacón se hundía un poco más, como si el

suelo estuviera hecho de goma y no de asfalto. Mi pie se dobló y caí al suelo. Lancé un pequeño grito que te trajo a mi lado, mientras explicabas lo torpe que era. No sé cómo le hiciste tú para no caer.

Me ayudaste a levantarme, pero las rodillas me temblaban tanto que me apoyé en la pared para mantener el equilibrio. Los chicos habían cruzado a la otra esquina. Nos esperaban ya en el barrio gris. Reconocí su límite en cuanto volteé a verlos, por el cambio en la luz y los colores. Esa amenaza, que había estado siempre en la periferia de mi vida, como un lugar que le pasaba a otra gente o una posibilidad fuera de mi alcance, se encontraba a pocos pasos. Hasta esa noche, con aquellos chicos en la otra esquina, entendí el nombre coloquial para aquel fenómeno que repentinamente asaltaba zonas de la ciudad, invadiéndolas, transformándolas.

Todo color desaparecía en esa zona, incluso el cabello verde de tu chico había perdido intensidad; la luz ya no rebotaba en él como un minuto antes. Los contornos se difuminaban y por un momento no podía ni siquiera distinguir la diferencia entre su cuerpo y el poste junto a él. Te tomé del brazo antes de que avanzaras.

Hoy en día me pregunto por qué callé cuando quería preguntarte tantas cosas. Hubo un segundo en esa mirada cuando todavía existía la posibilidad de que regresáramos juntas al metro y existiéramos intactas como un todo dual. Si hubiera hablado, ¿te habrías quedado? ¿Podría haberte convencido? Un momento después cruzaste una sonrisa con el otro lado de la calle, desenlazaste tu brazo del mío y me miraste con desespero.

—¿Vienes o no?

El tono con el que hablaste me chocó. Observé la otra esquina, donde las sombras y la luz se difuminaban. Tantas veces me habían repetido lo que sucedería más allá, que lo sabía de memoria. La sensación de que el suelo perdía consistencia se intensificaría conforme nos internáramos en el barrio. En lo más profundo, las casas se fundirían unas con otras, los cristales parecerían derretirse y combinarse con los marcos de madera que los sostenían; en la media luz que lo enmarcaba todo en el barrio gris, se escondían todas las posibilidades. Ninguna de las cuales quería probar, a diferencia tuya. Me habías traído hasta allí en busca de los sueños de desaparecidos, para ver qué se sentía en tus ansias de conocer, de formar parte del país, oportunidad que te habían negado hasta el momento. ¿Por qué me llevaste contigo? ¿Por qué creíste que te seguiría?

Di un paso atrás.

Tú debiste sentir el cambio, mi ausencia a tu espalda, porque me miraste con desgano un momento antes de apurar el paso hacia la otra esquina. Tú también sabías que si te hablaba, podría convencerte. Desde allí te volviste, cubierta ya en el halo del barrio gris, iluminada por esa luz fantasmal, hecha de sombras y oscuridad, del mismo material que llenaba las esferas, alzaste un brazo, como saludo.

—Todo está bien, ¿ves?

El sonido de tu voz, como si las ondas se distorsionaran de un lado al otro de la calle, como si me hablaras a través de un aire más denso, me hizo dar un paso más hacia atrás.

—¿En serio te vas a quedar?

Quería decirte que nos regresáramos, pero las palabras se me escapaban. Podía reconocer el creciente desespero en tus rasgos. Finalmente, te hartaste de mi silencio.

—Bien. Pues vete. Nos vemos el lunes.

Diste media vuelta y con unos cuantos pasos te encontraste de nuevo con tu chico y su amigo. Yo

te observé por largo rato desde la esquina. Te internaste en el barrio gris, tomada de su brazo. En la otra mano él llevaba una esfera nebulosa. Los sueños centelleaban, como si bailaran de gusto por volver a su ecosistema natural.

Sólo cuando la media luz te tragó, me di la vuelta. Corrí a pesar de los tacones y del dolor de tobillo, deshaciendo el rumbo hasta regresar a la calle principal. Al llegar al metro, lo encontré cerrado, así que me metí en la primera cafetería abierta que vi. En la butaca amarilla y dura, con la espalda hacia la puerta y una taza de té humeante frente a mí de pronto me asaltaron las ganas de llorar. La mesera trató de calmarme, me preguntó si quería llamar a mis padres —el maquillaje llorado le regresa la niñez a cualquiera. Yo negué.

Tomé el primer metro de regreso a casa; amaneció mientras cruzaba la ciudad. El viaje de cuarenta minutos silenciosos en un vagón medio vacío lo pasé sentada con las piernas cubiertas por el abrigo para ocultar todo rastro de esa noche, como si el miedo hubiera dejado su huella y se pudiera leer su marca en mis rodillas. Rehuí la mirada de los pocos desconocidos; incluso de la ventana donde los ojos ajenos de esa niña con la cara manchada de maquillaje, con los tacones lastimados por la huida, con el peso de tu ausencia sobre la espalda oscurecían la ciudad que pasaba. Del viaje sólo recuerdo la lentitud aparente del tiempo y el peso del teléfono entre los dedos, que esperaban tu llamada. ¿Estabas bien? ¿Qué recuerdo habías perdido en tus ansias de probarlo todo? Y el lunes en el colegio, ¿reconoceríamos nosotras, reconocerían las compañeras, la diferencia nueva y, probablemente, insorteable entre tú y yo?

Al llegar a casa les dije a mis padres que habíamos peleado para explicar por qué llegaba tan temprano. Confiaban en mí. Se limitaron a asegurarme que ya nos arreglaríamos mientras le echaban una mirada dubitativa a mis pies descalzos, que no habían aguantado los tacones en el camino de regreso.

El lunes no me saludaste y yo no te busqué. Cuando en el recreo me hablaste como si no hubiera pasado nada, entendí que de esa noche tú y yo no hablaríamos jamás. No hubo arreglo. Yo ya no sabía cómo ser parte del nosotras —antes tan mío— e ignorar lo que ahora nos separaba. Así que me resigné a no hablarlo, a existir alrededor de ese hecho como si no estorbara.

Ni siquiera tras huir al extranjero le confesé a alguien que esa noche te dejé en el barrio gris. Después de todos estos años sin tener noticias tuyas, todavía te imagino al otro lado de la calle, una esfera de sueños entre las manos, desdibujada por el efecto aglutinante del barrio gris; una imagen que nunca será un recuerdo conjunto —ni siquiera real— de la noche en que yo decidí perderte y tú, olvidarme.

El deber de los vivos

Jorge Luis Almaral

Seis y media de la mañana. Suena la alarma del despertador por tercera vez. Mierda, voy a llegar tarde de nuevo. Alex se cambia apresuradamente para irse a la escuela, agarra su mochila, se toma un vaso de leche y sale de casa.

No, no, no. ¡Me caga que se me vaya el camión! Si hubiera salido unos minutos más temprano. Alex aprieta el paso. Pero claro, a huevo me tenía que chutar toda la saga de Romero. No podía esperarme al fin de semana, ¿cómo?! Si *La noche de los muertos vivientes* se terminó de descargar anoche. A las dos cuadas pasa el camión de la otra ruta que lo podía dejar cerca de su escuela, el camionero lo ignora y se sigue. ¡Putá madre! ¿Pero sabes qué?, llegaré a tiempo caminando porque Ortega siempre se retrasa en la primera hora.

Cinco para las siete en su reloj, vuelta a la siguiente esquina y a su ritmo, otros diez minutos. De pronto, un impacto muy cercano lo hace saltar. Voltea al cancel que está a su derecha y se queda congelado pues se encuentra con la figura más inquietante de la mañana: una mujer semidesnuda que choca repetidamente contra las barras de acero, al parecer inconsciente de que el cancel le obstruye el paso. *Pinchi* vieja loca, ¿qué pedo? Alex ríe nerviosamente. Oiga, métase a su casa, ¿no le da vergüenza? No recibe respuesta. Le mira el rostro: cara pálida, pelo maltratado, boca abierta. La tipa está drogada o enferma. Recuerda que va a la escuela y retoma su camino. Se detiene otra vez. Ella ha soltado un alarido grave y profundo. Alex siente un escalofrío. Mordisquea la uña de su pulgar y observa a la mujer con detenimiento: su piel se nota reseca, raspones y moretes repartidos en su cuerpo, mirada perdida, labios partidos, secreciones oscuras y secas en su boca. Los espontáneos jadeos y alaridos le sugieren a Alex una idea ilógica.

Saca de la mochila su regla "T". Empuja levemente a la mujer con la regla. No reacciona. Lo hace con más fuerza. La piel tiesa. ¿Será esto el rigor mortis? No seas pendejo, eso sólo le pasa a los muertos. ¡Oiga! ¡Métase a su casa! ¡Hey! La mujer no se inmuta. Ya, Alex, ya estuvo bueno, esta doña no va a ir a ninguna parte y no falta mucho para que se termine la primera clase. Decide retomar el camino pero no se mueve. Su cabeza alberga una idea descabellada desde hace un rato, una que prefiere ocultar. ¿Y si fuera un zombi? Es pendejo que lo piense siquiera, pero es que sí parece uno. Observa a su alrededor: la banqueta vacía, carros esporádicos por la calle, no hay ninguna señal de que esta sea una mañana distinta y, sin embargo, ella...

Dos pruebas, si ella no las pasa me voy a la escuela y ya no vuelvo a ver otra película sobre muertos vivientes. Toma con firmeza el brazo de la regla y le da una estocada a la mujer. La regla se dobla un poco y cruje. La mujer retrocede. Se inclina. Un pie atrás. Recupera el balance. Se arroja hacia Alex. Se impacta contra los barrotes. Primera prueba: superada. Mierda. El estudiante nuevamente mordisquea la uña de su pulgar. Acabemos con esto de una vez. Se arranca una costra de su brazo, talla la sangre que sale de la herida en una hoja de libreta y la encaja en un extremo de su regla. Los zombis son muy sensitivos al olor de la sangre; si en realidad es uno, seguirá la hoja. Traga saliva. Acerca el papel a la cara de la mujer y recorre unos metros del cancel sin separarlo de los barrotes. Ella comienza a jadear con ansiedad, sigue el papel con un paso torpe restregando su cara contra las barras de metal. Alex siente un impulso de salir corriendo de ahí, pero no lo hace.

Si en realidad es un zombi, ¿acaso no es mi obligación matarlo? Digo, qué tal si muerde a un

perro que pasa cerca, y éste muerde a alguien más y, cuando menos se lo imaginen, holocausto zombi, justo como en *28 días después*. ¿Y quién sería el culpable? Yo, por no haber detenido al primero. Pero si la mato ahora sería un héroe, habría salvado a la humanidad. Alex, el cazador de zombis. No suena mal. Ya veo los periódicos: “Joven valiente salva al mundo al matar al primer zombi, evitando así que se esparza la infección”. Mientras contempla su futuro, un camión se le atraviesa a un carro; frenones, pitidos y mentadas de madre entre los choferes de los vehículos interrumpen sus ideas. Pero, ¿y si no es? ¿Como sé yo si en realidad es un zombi? ¿Cómo sé que no es una loca a la que le gusta hacerse pasar por zombi? Médico no soy, no puedo asegurar que esto no sea una enfermedad rara o algo así. ¿Y si la mato y no era un monstruo? Sería un asesino e iría a la cárcel por haber visto demasiadas películas de terror. O quizá termine en un manicomio donde me dirían el loco de los zombis y me tendrían en un cuarto acolchonado. Mierda, mejor debería irme a la escuela. La mujer intenta morder al papel tallado con sangre. El joven la golpea con la regla como reflejo. La regla se quiebra al impactar la cabeza de la agresora, abriéndole una herida en la frente. Ella se retuerce un poco y sigue tirando mordidas.

¿Mira lo que me hiciste hacer, pinche loca! No mames, le valió verga. No, no le valió verga, es un zombi. Y como cualquiera de ellos, no siente dolor. Abre su mochila y saca una escuadra busca centro: metálica, de brazos prolongados, gruesa y, sobre todo, con un par de puntas afiladas. No es un arma, pero si se la clavo con suficiente fuerza puedo atravesarle la cabeza.

Alex sujeta con fuerza su útil escolar. El camión que lo lleva a la escuela se aproxima lentamente. La mujer se estrella contra el cancel. Alex ve al camión detenerse en el semáforo, mira la escuadra, mira a la mujer.

¿Entonces qué, Alex, te vas a la escuela o salvas al mundo?

Peregrinatur

José Luis Zárate

- Buen camino, Excelentísimo. ¿A dónde se dirige?
- Lejos, hijo mío. A llevar noticias a otros sitios, a buscar poblaciones vivas aún.
- ¿Le molesta que lo acompañe un rato? Tanto silencio a veces pesa.
- Por supuesto, muchacho. ¿Puedo hacerte una pregunta tonta?
- Por supuesto, Maestro.
- ¿Puedes ver la Ciudad Santuario desde aquí, hijo mío?
- No conozco el territorio, Excelentísimo. Ignoro si existen caminos para ella, pero si es cosa de adivinar, diré que es ese débil, minúsculo resplandor a lo lejos.
- ¿Y por qué crees que es Cidemel y no cualquier otra ciudad?
- El color del fuego. Las velas ceremoniales tienen siempre ese tono naranja.
- Perfecto. Perfecto.
- ¿Podríamos ir a...?
- Oh, no es Cidemel. Son mil veladoras encendidas en la nada, imitando la Ciudad Santuario. Mañana estarán en otro lugar, si tienen suerte. O bajo toneladas de roca si los alcanzan antes. Los hermanos de la Luz saben que la suya es una tarea suicida, benditos sean.
- Por la Gloria de Cidemel.
- Por la Gloria de Cidemel, hijo mío.
- ¿La Ciudad Santuario ya no brilla con la luz de la Verdad?
- Oh, sí, siempre, pero ahora la verdad es de otro color.
- Pero... las Velas Autorizadas... los Preceptos...
- Ahora reconozco tu sayo, eres de la Orden de los Protocolos ¿verdad?, benditos sean, aunque han de quedar pocos de ustedes en todo el mundo.
- Sólo quedamos tres, Excelentísimo, aquellos que estábamos demasiado lejos cuando sucedió la desgracia. Nuestra Orden no quiso unirse a la evacuación de Traz-Del-A, decidieron seguir los Ritos del Solsticio como cada año, en el lugar de siempre, se acercara lo que se acercara. Nuestra orden pensaba que no seguir las rutinas, los protocolos y ceremonias al pie de la letra era sumir al mundo en el caos y el horror.
- Pobres almas. ¿Y que aprendieron los Protocolarios cuando Traz-Del-A fue aplastada por completo?
- Que el mundo ya está sumido en el caos y el horror.
- No, no, joven Protocolario. No dejes que la experiencia, que no deja de ser una de las serpientes del todo, manche la Certeza de nuestra Fe.
- La Fe Mueve Montañas.
- Exacto.
- ¿Se siente bien, excelentísimo?
- Sólo es cansancio, muchacho, debo descansar un poco. Los años son demasiados, o las distancias. Creo que acamparé aquí.
- Si, Excelentísimo.
- La grava es suave cuando el cansancio es mucho.
- Odio la grava.

—También es parte de la Obra.

—Sí, Maestro.

—Si la Obra fuera más suave...

—Puedo dejarle mi...

—No, no. Sólo necesito detenerme un rato. ¿Escuchas el Rumor?

—...

—Mis oídos ya no son lo que eran.

—Sólo el viento, Maestro. Un pájaro a lo lejos. No hay suficientes árboles para su algarabía.

—¿Sabes qué hacer si se acerca el Rumor?

—Abandonarlo a su suerte, Señor. Hay que salvar lo que se pueda del paso del Peregrinatur.

—Perfecto, puedo descansar mejor si sé que lo tienes claro.

—¿Ha sido bendecido ya con los Sacramentos de los Desahuciados?

—¿Quién de los que no podemos huir del Avance no lo ha hecho? Incluso, al terminar, canté con los demás.

—*No es la Muerte una sorpresa...*

—Si, exacto. *No es la Muerte una sorpresa sino una compañera...*

—Era el coro que más me gustaba en las Ceremonias.

—El Profeta tenía un oído excelente para las melodías. Y una voz... bendito sea, pero ojalá no hubiera tenido esa voz capaz de conmover a las Piedras.

—¿Lo escuchó usted alguna vez? ¿Tuvo ese Privilegio?

—En ese entonces raro era el que no lo tenía. Estaban las Máquinas que llevaban la Voz a todos lados. Si camináramos toda nuestra vida, no llegaríamos tan lejos como llegó su Mensaje. Sabemos de más de un Peregrinatur del otro lado del mundo. Llevan décadas avanzando por el mar hacia Cidemel. Antes de que las Máquinas cayeran nos advirtieron de su avance multitudinario, desde continentes muy alejados del nuestro. No podían creerlo. Aún los bendecidos por la Fe no podían creerlo.

—Mi abuelo siempre nos hablaba de cuando Lzaram desapareció del horizonte.

—La Primera, bendita sea.

—Lo que más le sorprendió es que no se dieran cuenta de inmediato. Que la rutina continuó por horas sin saber que el mundo había cambiado totalmente en ese instante. Me gustaría saber que pensaron los que no profesaban nuestra Fe.

—¿No tienen los Protocolarios clases de historia?

—Oh, sí, por supuesto. Memorización, sobre todo. Puedo relatarle cada una de las horas de las 356 Fechas Significativas del Profeta.

—Las sé, hijo mío, las sé, alabado sea. Y las 291 Parábolas, las 331 Loas, los 53,423 Dogmas. Y las Adendas, a las que era tan afecto. La Fe es un río, decía. No puedes sumergirte dos veces en el mismo Precepto. A veces tengo la sensación de que él estaba tan desconcertado por los hechos como todos nosotros. En fin... Hay libros y grabados, leyendas e historias sobre Aquella que Avanzó Primero.

—¿Aprobados por la Fe?

—Muchacho, muchacho... bendita sea tu ingenuidad. El mundo es más complejo que las Aprobaciones y los Protocolos. Procura leer entre las muchas líneas del Profeta. No todo lo que se

recuerda es lo que quiere nuestra Iglesia. Hay quien ha pensado en editar las mismas palabras de nuestra Fe para que diga lo que cada época desea que se diga.

—¿Quién osaría...?

—Los que temen a cada Peregrinatur, por supuesto. Los que añoran el pasado. Si todo fuera como antes, dicen... Si olvidáramos... Si nadie creyera... Añoran lo que ya no es. Sobre todo, las ciudades.

—Caravanas que...

—No, no. Las ciudades del pasado, grandes, brillantes y que trataban de abarcar el mundo entre sus calles. Una ciudad, sólo una, contenía cien y doscientas veces el número de hombres que ahora viven. Tu abuelo debió hablarte de ellas. No ha pasado tanto tiempo para que las olvidemos.

—Decía que en la noche el horizonte de las ciudades estaba lleno de luciérnagas que nunca se apagaban. Que las velas de la Ceremonia eran extrañas y exóticas ya que en esa época la luz no era de velas y se creaba al girar un botón.

—Que raras suenan las ciudades cuando las cuenta alguien que nunca las vivió. A veces, hijo mío, creo que soñé esos tiempos, que todo lo que recuerdo es un sueño del que desperté con los años. ¿Sabías que el silencio era un privilegio? Dentro de las ciudades había un rumor constante, de voces y actos, de Máquinas y transportes, de multitudes y ecos. Nada se le compara. Sólo el múltiple y plural Rumor que emiten el Peregrinatur.

—Alabados sean.

—Alabados sean los que creen.

—¿Saben lo que buscan en Cidemel?

—Al Profeta, supongo. ¿Dónde más podría estar si no es en la Ciudad Santuario que alberga la Fe? Yo que enterré al Profeta, aún creo que sigue en Cidemel, yo venero sus calles móviles, y las caravanas que llevan a cuestas todo lo que una vez quiso aquel que creó nuestra Iglesia, nuestro dogma y lo que somos. Yo también deseo peregrinar para buscar el eco de sus palabras. Y, además, por supuesto, porque es la última gran ciudad humana. Bendita sea donde quiera que se oculte hoy.

—El mundo es grande, Excelentísimo. Puede que nunca la encuentren algún Peregrinatur.

—Y puede que el tiempo de las ciudades y los Hombres haya pasado.

—Pero la Fe continuará.

—Es enterecedor que digas los dichos como si pensaras en lo que dices. Sí, muchacho, la Fe continuará. En todo Peregrinatur, supongo, que son eternos y nunca se detendrán. En aquellos a los que prediquen, a los que conviertan a nuestra Fe. Se dice, que hay quien los sigue ya. Ríos, afirman, y rebaños de nubes. Quisiera verlo. Tal vez por eso los Protocolarios no abandonaron Traz-Del-A. Tal vez comprendieron que lo que era ya no será. Hay quien dice que llegarán del otro lado del Mundo con el Mar a cuestas.

—*No es la Muerte una sorpresa sino una compañera...*

—Si, hijo mío. Creo que es mejor entonar canciones que temores. ¿Qué importa nuestro destino si el Profeta nos abrió los ojos?

—Lo Mineral Vive.

—Exacto. La Fe mueve montañas. Que extraño verlas avanzar, el horizonte mismo móvil. ¿Por qué, me pregunto, el Profeta le predicó a la roca? ¿Por qué la roca creyó y empezó a andar tras sus pasos? ¿Por qué las Montañas peregrinaban en busca de Cidemel, la Ciudad Santuario? ¿No será

que debía buscar un rebaño que no dependiera de la frágil vida de los Hombres? Tal vez el Rumor es la única oración que se escuche cuando todos hayamos muerto por el avance de cada Preregrinatur, tal vez...

—Tal vez, su excelentísima, deba dormir. El cansancio se arroja con el temor, decía mi padre. El insomnio musita siempre los temores.

—“No-cuentas-montañas-saltando-para-dormir” dijo el Profeta. Je-je.

—Si escucho el rumor...

—No me despiertes, por favor, muchacho. Deja que el Peregrinatur pase sobre mí en su avance, bendito sea. Tal vez me lleven con él a Cidemel.

El Maverick

Ana García Bergua

Doña Esperancita tarda en salir. Beto suele aprovechar esos momentos para repasar sus libros de la Facultad, pero las dos sirvientas que barren la acera, Concha y Patricia, le hacen plática. Dice doña Esperancita que saque el Maverick, aquí están las llaves. Muy bien. Nos la cuida mucho, ayer se tropezó y nos pegamos un susto. No se preocupen. Si quiere de regreso se queda a comer. No, gracias, hoy tengo examen. Beto saca el Maverick de la cochera, se ve que las muchachas lo lavaron hace poco, está impecable. Es azul oscuro. Un color digno y a la vez discreto, como doña Esperancita, que aparece en la puerta de la casa con una bolsita de papel en la mano y lo saluda afectuosa, sin esperar respuesta. ¿Cómo están tus papás? Qué bueno. Se instala en el asiento de atrás y se van a la iglesia por avenida Las Águilas. Aquí me esperas, por favor. Beto se instala en el Maverick y saca de su morral *El signo y los hablantes*, pero apenas lee unas frases porque se queda mirando a dos chicas que conversan en una esquina. No sabe cuál le gusta más: de una el pelo y los senos, de la otra las piernas, cómo va vestida con una falda de mezclilla muy corta. Las estudia con calma; ellas le echan una ojeada al Maverick, pero no a él. Doña Esperancita sale de la iglesia. Trae una cajita. Beto la ayuda a subir al coche. ¿Y cómo van los estudios? Qué bueno.

Continúan el paseo como todas las mañanas. Ahora, al supermercado. En lo que doña Esperancita hace su compra, Beto fuma y piensa que ahora sí debería aprovechar para leer en el coche, pero pone a Pink Floyd en el estéreo a todo volumen y vigila por el espejo retrovisor hasta que ve salir a doña Esperancita, con una bolsita de plástico. Apaga el cigarro a todas prisas y la ayuda a subir. ¿No te acaloraste mucho, Beto? Ya sabes que puedes poner el aire acondicionado, no me gusta que fumes. Gracias. Qué bueno. Ahora vamos un rato a casa de Martita Núñez, me invitó a desayunar. Beto ya sabe dónde está la casa de Martita Núñez, han ido varias veces. Es una mansión de tipo morisco en El Pedregal. Beto sube por Paseo del Pedregal sin prisa. Sabe que doña Esperancita se estará ahí como un par de horas y anticipa, ahora sí, el buen rato de tranquilidad, durante el cual podrá concentrarse en repasar lo que le falta del examen de lingüística y estructuralismo, si logra no distraerse. Se estaciona y ayuda a bajar a doña Esperancita, que porta una de sus bolsitas colgada de la muñeca tembleque, adornada de pulseras. La conduce del brazo hasta la puerta y toca; le abre una de las muchachas y se lo queda mirando mientras les abre paso. Doña Esperancita avanza hasta el desayunador. Él se queda en el vestíbulo, todo acalorado. La muchacha le ofrece un refresco y acepta. La sigue a la cocina, donde otras sirvientas trajinan con los trastos. Le dan un Fanta y se lo bebe despacio, mirando las piernas de la chica y escuchando a doña Esperancita decir “qué bueno”, desde el desayunador. La muchacha le pregunta si se quiere sentar, él dice que no, gracias, y regresa al Maverick con decisión. El examen de la tarde. El signo, el significado y el significante. El sintagma y el paradigma. Pinche materia mamona. De repente siente muchísimo sueño. Pone a los *Stones* para despabilarse. El fonema y el morfema. Se pregunta qué haría él si fuera el propietario del Maverick. Cuando acabe la carrera conseguirá una chamba más interesante. Esta es una especie de favor que doña Esperancita le hace a su mamá, darle ese trabajo a Beto. O dejarlo manejar ese coche de burgueses, también se podría ver así. Se imagina conduciendo el Maverick por la carretera a toda velocidad, con sus cuates y oyendo a los Rolling a todo volumen. Enciende un cigarro y sueña. El morfema y el sintagma. Doña Esperancita sale

finalmente de su desayuno. Trae otra cajita, ahora azul, colgada de la muñeca. Él le ayuda a instalarse en el asiento trasero, entre bolsitas, cajitas y *echarpes*. ¿A la casa?, le pregunta, dando por terminada la mañana laboral. No. Quisiera que me llevaras a recoger unas cosas y ya te suelto. Son un poco más de las dos. El examen es hasta las cuatro. Bueno, si es sólo pasar a recoger. Está bien. El sintagma, el morfema y el enema, se va diciendo mientras maneja por el periférico. Aprieta poco a poco el acelerador. Doña Esperancita mira por la ventana, pensando quién sabe en qué cosas. Acelera un poco más. Ella no parece darse cuenta. A veces, cuando lo manda con paquetes a algún otro lado, aprovecha para dar arrancones si no viene nadie. El Maverick levanta hasta 160 por hora, la adrenalina de la velocidad le encanta. Te tienes que salir por aquí, le señala doña Esperancita. Ya se pasó, ahora tendrá que dar una vuelta grandísima. Perdón, ahorita me regreso. ¿Cómo sigue tu mamá de la migraña? Qué bueno. El signo y el sintagma. Enfila por Polanco al lugar que le señaló doña Esperancita y piensa que perdió tiempo por andar baboseando con el coche. Se detiene frente a una boutique de ropa para bodas, bautizos y quince años, y ayuda a la anciana a bajar. Estoy mal estacionado. Ponte a dar vueltas y me recoges, no me tardo. Da una vuelta a la cuadra y regresa. Piensa en una novela que leyó hace poco; cómo le gustaría leer nada más, sin la carrera. Doña Esperancita no ha salido. Otra vuelta y otra más grande. Sigue sin salir. Le hace ojitos a una chava de pelo güero que maneja otro Maverick; ella le responde con una sonrisa. Se le empareja y prende el estéreo, la sigue coqueteando por Ejército Nacional hasta que se acuerda de la anciana y regresa a todas prisas por Mariano Escobedo. Doña Esperancita está parada en la puerta de la boutique, esperando. Para el coche y se baja para conducirla al asiento. Una empleada los sigue con dos cajas inmensas, que acomoda junto a doña Esperancita entre las demás. No se vayan a arrugar, le dice. Beto arranca y se da cuenta de que ya es tardísimo. No le va a dar tiempo de dejar a doña Esperancita en su casa con todo y Maverick, y tomar dos camiones hasta CU. Acelera por el periférico y ahora doña Esperancita sí se da cuenta. Bájale a la velocidad, que no eres Emerson Fitipaldi. Se ríe solita de su chiste y tose un poco. Qué bueno. Perdón, le dice Beto, tengo examen en la Facultad a las cuatro.

¿Y si doña Esperancita le dijera: llévate el Maverick? Pero no le dice nada. Es el último del semestre, continúa Beto, a ver si logra ablandarla un poco, y no vea usted el lío si me voy a extraordinario. Doña Esperancita sigue sin decir nada. Estudié mucho, me quemé las pestañas para este examen, continúa. Doña Esperancita callada. Por lo menos podría decir “qué bueno”, pero no dice nada. Beto piensa en el extraordinario y en que su papá le prometió comprarle un Volkswagen si acababa bien el año. Lleva meses portándose como un pinche angelito y estudiando como burro para ganarse el coche. No corre como el Maverick, pero caray. Doña Esperancita sigue en silencio, la cara recargada contra el vidrio. Pinche viejita cabrona, piensa Beto. Se atreve a preguntar: ¿No le importaría si la dejo y le devuelvo el coche después? Y doña Esperancita no contesta, recostada contra la ventana de una manera que parece un poco extraña, como chueca. ¿Doña Esperancita?, ¿todo bien?

Ya se espantó. Se sale del Periférico y se detiene en una esquina. Baja y abre con cuidado la puerta trasera: doña Esperancita se va de lado, tiene los ojos entreabiertos. Beto casi se desmaya. Mira a su alrededor buscando un teléfono, el de la esquina está destrozado. Ve una patrulla acercarse y, sin pensarlo, instintivamente, empuja a la anciana hacia adentro, cierra la puerta, se sube de nuevo al asiento del conductor y arranca. No sabe si llevar a doña Esperancita a un hospital o a su casa. Decide que mejor a su casa, como que para el hospital ya es tarde, si tiene los ojos

abiertos ya se murió. Vuelve a preguntar: ¿Doña Esperancita? Pero ella sigue sin contestar. La llevará a su casa, les avisará a las muchachas y desde ahí llamará a sus padres, a ver qué hacen. Está muy impresionado, estas cosas no pasan todos los días. Aunque ya se veía grande la señora, se dice, les dice a unos deudos hipotéticos. Ahora que lo piensa, quizá también para su casa es tarde. Y para el examen, se dice mientras se atreve a encender un toque que trae en el morral. Le da coraje; si no se hubiera empeñado en ir a Polanco, doña Esperancita estaría muriéndose en su casa y él haciendo el examen. Se le ocurre que en una de esas podría dejarla un rato en el estacionamiento de la Facultad. En la sombra, para que no le pase nada. Total, grave si estuviera enferma o algo, pero así ya no hay nada que hacer. Él la ha acompañado a muchos lugares, después de todo, una de cal. No. ¿Cómo va a hacer una cosa así? Es una locura. Por un momento piensa que podría poner a Pink Floyd en el estéreo, pero no es capaz. Se sale en avenida de las Águilas y un par de cuadras antes de la casa, se vuelve a detener en una calle semivacía. ¿Doña Esperancita? Se queda en silencio. Cree que escuchó lejanamente un “qué bueno”. Pero no escucha nada. La ve por el retrovisor, tumbada contra los paquetes, aplastando un poco algunos. No se debían aplastar, recuerda.

Apaga el toque espantando el humo, se decide y enfila hacia Insurgentes. Un ratito, le dice, total no me tardo, estudié mucho, me quemé las pestañas. El morfema, el sintagma, el signo, se dice mientras estaciona el auto con mucho cuidado al fondo del estacionamiento, junto a los jardines, lo más lejos que puede de la Facultad. Hay una pareja besuqueándose en el pasto, no parecen hacer mucho caso de lo que sucede por ahí. Ahorita nos vemos, abue, dice en voz alta con dedicatoria a la pareja, mientras cierra el auto con llave. A doña Esperancita el movimiento ha recostado más contra los paquetes. Te traigo una coca cola, duérmete un ratito así y se te pasa el mareo, le dice al cristal cerrado. Beto corre a la Facultad y sube al salón donde el examen ya ha comenzado hace muy poco. Pide perdón a la maestra por la tardanza, se sienta en un mesabanco, saca la pluma y copia las preguntas escritas en el pizarrón. Pero la mente se le ha quedado en blanco. Enciende un cigarro y los dedos le tiemblan. No recuerda nada, ni el signo, ni el significante, ni el morfema, ni las definiciones memorizadas con tantos esfuerzos, nada. Y mucho menos puede desarrollar un tema, como pide la pregunta tres, porque ha dejado a doña Esperancita en el estacionamiento de la Facultad. Doña Esperancita muerta. Hace como que escribe y piensa qué va a hacer cuando regrese. ¿A poco las criadas lo recibirán sin sospechas, más a estas horas? ¿Qué les dirá? El signo. El signo, el significante y el significado. Escriba las definiciones y las diferencias. El signo es, el signo se podría definir, podríamos decir que el signo. Ya es tarde para que regrese doña Esperancita. Seguro que llamaron a todas sus amigas, esas que la invitan a desayunar. A sus papás, seguro. Y su jefa con la migraña que le dura semanas. Qué imbécil, pero qué imbécil. Olvídate del Volkswagen. El morfema y el sintagma. Arroja el lápiz, se levanta y sale del salón, cabizbajo.

La Facultad, de salida, le parece larguísima, enorme. La gente se agolpa en el aeropuerto, se escucha música folclórica y una mujer lanza una arenga revolucionaria. Beto no quisiera avanzar, quisiera que estallara en ese instante la Revolución para poder olvidar a doña Esperancita que total ya debe de estar en el cielo, flotando entre bolsas y cajitas, y diciendo qué bueno. Mira para todos lados, buscando un amigo al que poder decirle algo, pero no se encuentra a nadie que conozca, de modo que finalmente sale al estacionamiento entre los puestos de libros, incienso y chacharitas. Por ahí lejos, medio escondido como lo dejó, distingue al Maverick y una figura de pie parada junto al auto, pero no es una figura de hombre, sino una mujer mayor, con su faldita a media

rodilla y el chongo todo despeinado. Ni más ni menos que doña Esperancita revivida, que da vueltas y mira desconcertada a su alrededor como si la hubieran abandonado en el limbo. Beto echa a correr hacia ella con una alegría que le parece rarísima, se siente en una de esas películas donde los amantes corren en cámara lenta, mientras grita doña Esperancita, doña Esperancita. ¿Beto, dónde estamos?, le pregunta ella. Me tuve que desviar, se inventa él. Se ponchó una llanta, pero ya la cambié, no quise despertarla. Ya nos vamos. Qué bueno, dice ella, subiéndose al coche y poniéndose a cerrar y acomodar cajas y bolsitas. Siquiera me hubieras despertado para no aplastar tanto todo esto, lo regaña, molesta. Se veía usted muy descansada, le contesta Beto. ¿Y pudiste hacer tu examen? Beto se queda helado. Le va a decir que cómo lo podía hacer con ella muerta en el estacionamiento, pero se contiene. Enciende un cigarro, aunque sabe que a doña Esperancita le molesta. Decidí que mejor lo presento en extraordinario, así estudio más. Qué bueno, contesta ella. Apaga por favor el cigarro.

.

Fin

•••••